



# La Purga de los Dioses

*Un Mundo de Oscuridad y Poder Absoluto*

---

Publicado por Rodrigo Estrada (rodrigo.estrada@gmail.com)

Fecha de publicación: [Fecha que prefieras]

---

---

### **Sinopsis:**

En un futuro distante, la humanidad ha sido reducida a su mínima expresión por una élite inmortal que ha transformado la nanotecnología y la biotecnología en poderes mágicos. En medio de este oscuro escenario, Zevid Rokchild, el último vestigio de una familia caída en desgracia, urde un plan para purgar el mundo y erigirse como el único gobernante absoluto.

Un mundo donde no existe redención ni justicia, solo poder absoluto y sumisión total. ¿Quién sobrevivirá al silencio de los dioses?

---

Este trabajo está licenciado bajo la **Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)**.

**CC BY-NC-SA 4.0:** <https://i.creativecommons.org/1/by-nc-sa/4.0/88x31.png>

### **Usted es libre de:**

- **Compartir** — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar** — remezclar, transformar y crear a partir del material.

### **Bajo las siguientes condiciones:**

- **Atribución** — Debe otorgar el crédito correspondiente, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios.
- **NoComercial** — No puede utilizar el material para fines comerciales.
- **CompartirIgual** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia que el original.

---

Para más detalles, visita [Licencia CC BY-NC-SA 4.0](#)

---

## Capítulo 1: Cenizas del Imperio

El aire olía a cenizas y muerte mientras Zevid Rokchild avanzaba con pasos tranquilos entre las ruinas de lo que una vez fue una capital de los Eternos. Las torres, antaño imponentes, símbolos del poder absoluto de su casta, ahora se alzaban como esqueletos deformes, devoradas por el fuego. Sin embargo, no había gloria en la destrucción. No para él. Todo esto no era más que un tablero de ajedrez, y cada paso lo acercaba más a su victoria.

Sus pies, ligeros como sombras, se movían con precisión a través de las calles devastadas, donde los cuerpos de los caídos yacían esparcidos entre los escombros. Soldados de los Terrenales, los ignorantes que habían sido manipulados para creer en una causa falsa, yacían mezclados con los guerreros de los Eternos, aquellos dioses autoproclamados que durante mil años habían gobernado el mundo. Un mundo que él estaba a punto de moldear a su voluntad.

El caos reinaba por todas partes. Las batallas entre los Terrenales y los Eternos, entre el polvo y las llamas, consumían las últimas fuerzas de ambos bandos. Pero para Zevid, aquello era solo el ruido de fondo de un plan maestro. Cada explosión, cada ataque, cada muerte... todo estaba calculado. Y pronto, el tablero estaría vacío, listo para ser dominado.

Mientras avanzaba, una patrulla de soldados Terrenales pasó corriendo a lo lejos. Gritaban por la victoria, convencidos de que estaban a punto de destruir a los Eternos, aquellos seres que ellos creían eran invencibles. Zevid no los detuvo ni les dedicó una mirada. Sabía que su destino ya estaba sellado. No eran más que herramientas descartables, peones en un juego mucho más grande.

Cruzó bajo un arco derrumbado, antaño la entrada a

---

la Gran Plaza del Crepúsculo, donde se erguía la Torre Oscura, un vestigio del poder de los Eternos. Los Arcontes, los más bajos entre ellos, habían sido los encargados de gestionar a los Terrenales, mientras las familias más poderosas mantenían el control desde las alturas. Lo que pocos sabían era que, bajo la fachada de piedra desgastada, la torre albergaba el laboratorio donde se guardaban los secretos de la magia, la biotecnología y la nanotecnología que mantenían a los Eternos eternamente jóvenes y poderosos. Zevid no necesitaba ser advertido. Sabía esos secretos desde hacía mucho tiempo, porque no era un Arconte ordinario: su familia alguna vez fue una de las diez grandes, y esos secretos habían sido su herencia. Ahora, estaba a punto de tomar lo que le pertenecía por derecho.

Miró hacia la torre parcialmente derruida, la estructura aún intacta en su base. “Pronto,” pensó con frialdad. “Todo esto será mío.” Su respiración se mantuvo constante, y su corazón no mostró emoción alguna. El vacío era lo único que sentía. No había placer en la conquista, solo la fría precisión del cálculo.

Un sonido detrás de él lo hizo girar la cabeza. Una figura delgada y ensangrentada se tambaleaba hacia él. Era uno de sus seguidores, un joven Terrenal que él mismo había “instruido” en los rudimentos de la magia —o más bien, de la tecnología—, la cual para los ignorantes no era más que hechicería. Su rostro reflejaba una mezcla de desesperación y miedo.

—¿Maestro? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Qué hacemos ahora? La ciudad... se derrumba. Los nuestros están muriendo...

Zevid lo miró, no con compasión, sino con un desprecio oculto bajo una máscara de calma. Este joven aún le servía. Por ahora.

---

—Todo va según lo planeado —dijo en un tono suave y seguro—. Los Eternos están perdiendo terreno. Nuestro momento llegará pronto. Solo debes confiar en mí.

El joven asintió frenéticamente, como si las palabras de Zevid fueran un ancla en medio de la tormenta. Como muchos Terrenales, creía en el mito del Héroe que Zevid había forjado meticulosamente. No se daba cuenta de que no estaba frente a un salvador, sino ante el arquitecto de su propia destrucción.

—Ve y reúne a los demás —ordenó Zevid, señalando hacia el norte—. Lleva a nuestros hombres a la segunda línea. Asegúrate de que resistan hasta que dé la señal.

El joven asintió una vez más y salió corriendo hacia el campo de batalla, sin dudar, sin cuestionar. Creía que estaba luchando por una causa justa, pero Zevid sabía que la señal que esperaba no llegaría nunca. Al menos, no para él.

Cuando volvió a estar solo, Zevid avanzó hacia las puertas ocultas de la Torre Oscura. Sus dedos recorrieron la superficie suave de lo que parecía ser piedra, pero que en realidad era un material mucho más avanzado, un resguardo biotecnológico que sólo aquellos con el conocimiento adecuado podían atravesar. Una leve sonrisa cruzó sus labios. Había esperado este momento toda su vida.

Frente a él estaba el laboratorio donde los Eternos guardaban el verdadero poder. Los guardianes de la biotecnología y la nanotecnología, aquellos que mantenían a las familias inmortales y capaces de hazañas que los Terrenales solo podían soñar, no sabían que su caída estaba cerca. Mientras afuera la guerra seguía devastando la ciudad, dentro de estas paredes se encontraba el futuro que Zevid moldearía.

Tecleó un código antiguo en un panel oculto, y las puertas emitieron un suave zumbido antes de abrirse lenta-

---

mente, revelando un pasillo oscuro y brillante, donde la biotecnología se entrelazaba con los recuerdos de un pasado perdido. Zevid dio un paso adelante, dejando atrás el caos y las cenizas de un imperio en llamas.

Dentro de esas paredes, el verdadero juego apenas estaba comenzando. Y él ya había ganado.

---

## Capítulo 2: El Último de los Rokchild

Los días en la Ciudad Baja estaban cubiertos por una capa de humo gris que no dejaba ver el cielo. Zevid Rokchild, con su pequeña y delgada figura, caminaba por las calles polvorientas, siempre entre las sombras, nunca llamando la atención. El destino de su familia lo había condenado a vivir entre los Terrenales, aquellos que apenas comprendían su lugar en el mundo, y para alguien como Zevid, aquello era una tortura constante.

La gente que lo rodeaba, como siempre, lo ignoraba. ¿Por qué no lo harían? Zevid no era ni alto, ni fuerte, ni carismático. No tenía los rasgos imponentes de los héroes que los Terrenales admiraban, esos guerreros perfectos que dominaban los cuentos y leyendas que aún circulaban en las tabernas. Su rostro, delgado y carente de cualquier característica llamativa, no inspiraba respeto ni admiración. Si lo miraban, solo veían a un hombre insignificante, uno de tantos en la muchedumbre.

Y eso le daba una ventaja absoluta.

Zevid no necesitaba ser visto. No necesitaba que lo adoraran. Lo único que necesitaba era la ignorancia de los demás, esa que lo convertía en un espectador invisible y lo dejaba ver el verdadero ser de las personas. Su talento, su única ventaja, era su capacidad para ver más allá de las apariencias, para descifrar los verdaderos pensamientos, los deseos ocultos, los miedos más profundos de aquellos que lo rodeaban. Sabía exactamente lo que la gente quería, lo que temían decir, lo que nunca admitirían ni a ellos mismos. Y con esa información, movía los hilos desde las sombras.

Los Terrenales que lo rodeaban eran como libros abiertos para él. Sus gestos, sus miradas, sus murmullos apenas perceptibles, todo eso le decía más de lo que cualquier pal-



---

abra podría expresar. Sabía que lo despreciaban o lo ignoraban por su apariencia, pero también sabía que eso le permitía manipularlos sin esfuerzo.

Pasó junto a un grupo de hombres reunidos frente a una taberna, hablando sobre la revuelta. El “héroe” del pueblo, la figura carismática y valiente que todos creían que los estaba liderando hacia la libertad, era solo una fachada. Un mito creado por Zevid. Nadie sospechaba que ese héroe, tan perfecto, no existía más que en la imaginación de los Terrenales. El verdadero estratega, el verdadero arquitecto de la revuelta, era Zevid, quien había fabricado al héroe desde la sombra, dejándose ver solo como su lugarteniente.

Nadie quería seguir a alguien como él, pero a un héroe, un salvador con una sonrisa perfecta y carisma desbordante... sí. Ese era el papel que jugaba, y lo hacía a la perfección.

Un hombre corpulento, de rostro cubierto de cicatrices, lo vio y se acercó con pasos decididos. Era Talen, un herrero que había creído en la causa con todo su corazón. Zevid lo había escogido deliberadamente, sabiendo que su fe ciega en un líder lo convertiría en un seguidor leal, pero también predecible.

—Maestro Rokchild —dijo Talen con voz grave, inclinando la cabeza ligeramente en señal de respeto—. Los hombres empiezan a murmurar. Creen que la guerra es demasiado grande para nosotros. Que el Héroe no podrá vencer a los Eternos. ¿Qué hacemos?

Zevid dejó que su mirada descansara sobre Talen por un momento. Sabía que detrás de la fachada de lealtad, el miedo y la duda ya habían echado raíces en el corazón del herrero. Lo notaba en sus ojos, en la rigidez de su mandíbula. Lo había anticipado mucho antes de que el propio Talen lo supiera. Era una de sus virtudes: ver el miedo antes de que este se manifestara por completo.

---

—El Héroe siempre sabe lo que hace —respondió Zevid con frialdad, manteniendo el mito vivo—. Si algunos hombres dudan, es porque no entienden la grandeza de lo que estamos construyendo. No te preocupes por ellos. La duda es un veneno que no todos pueden resistir. Solo los fuertes seguirán hasta el final.

Talen asintió, aunque Zevid podía ver que no estaba completamente convencido. Aún así, el hombre confiaba más en el Héroe que en sus propias dudas. Zevid había creado esa imagen de perfección precisamente para este tipo de situaciones, para que su fe fuera inquebrantable. Talen solo necesitaba escuchar el nombre del Héroe para seguir adelante, aunque no hubiera pruebas claras de su existencia.

Cuando el herrero se alejó, Zevid continuó su camino, sumido en sus pensamientos. Cada paso lo llevaba más cerca de su objetivo, pero la clave de todo era mantenerse invisible. La gente como Talen no tenía ni idea de que Zevid Rokchild, el insignificante lugarteniente, era quien realmente estaba tirando de los hilos. Y esa era su ventaja. Desde las sombras, podía mover las piezas del tablero sin que nadie sospechara de sus verdaderas intenciones.

Un hombre alto, hermoso, lleno de carisma, hubiera sido objeto de atención, de escrutinio. Pero él no. Nadie se fijaba en Zevid. Y ese era su verdadero poder.

A medida que se acercaba a las fronteras de la Ciudad Baja, sus ojos se elevaron hacia las altas torres de los Eternos, aquellas torres que parecían tocar el cielo, inalcanzables para la mayoría de los Terrenales. Sabía que para muchos, esas torres representaban la fortaleza invencible de los dioses vivientes. Para Zevid, no eran más que otra parte del juego.

Pronto, esas torres caerían, y con ellas, tanto los Eter-

---

nos como los Terrenales. Nadie estaba preparado para lo que él planeaba. Ni siquiera el falso Héroe que todos creían seguir.

Zevid sonrió apenas, una sonrisa fina y fría, y siguió su camino.

---

## Capítulo 3: Dioses y Monstruos

El amanecer apenas comenzaba a teñir el cielo cuando Zevid Rokchild observó la Torre Oscura desde las sombras. La estructura se alzaba imponente en la Gran Plaza del Crepúsculo, una fortaleza en el corazón de la ciudad de los Eternos. Para la mayoría de los Terrenales, era un símbolo de poder incommensurable, una reliquia de los dioses que habían reinado por mil años. Para Zevid, era algo más: el último obstáculo entre él y el control absoluto del poder que había permitido a los Eternos gobernar por tanto tiempo.

Pero la Torre Oscura no estaba desprotegida. Zevid sabía que allí residían los **Centinelas del Amanecer**, los diez guerreros más poderosos de los Eternos, cada uno perteneciente a una de las familias principales. Estos guerreros habían sido moldeados por siglos de evolución, sus cuerpos perfeccionados por la nanotecnología y biotecnología que el resto del mundo creía magia. Su velocidad, su fuerza, sus habilidades de combate eran insuperables. Y lo más importante: protegían la Torre Oscura con tal ferocidad que cualquier intento de entrar sin su permiso era un suicidio.

Los Centinelas del Amanecer no eran solo soldados, eran leyenda. Cada uno poseía poderes específicos que hacían temblar a los Terrenales, y durante generaciones, nadie se había atrevido a desafiarlos. Pero esa era la clave. Nadie los había desafiado porque nadie sabía cómo hacerlo. Zevid sí.

Durante años, había planeado este momento. Sabía que los Centinelas nunca dejarían la torre sin una amenaza lo suficientemente grande. Una amenaza que no podía ser ignorada ni delegada. Por eso había orquestado la revolución, por eso había construido cuidadosamente la imagen del Héroe, el líder perfecto que inspiraría a los Terrenales a creer que podían enfrentarse a los dioses.

---

Y ahora, gracias a esa ilusión, los Centinelas estaban distraídos. La guerra que rugía en las calles no era solo una revuelta, era el señuelo perfecto. Los Terrenales, guiados por la falsa promesa de magia y libertad, luchaban en la ciudad como nunca antes. El caos que había desencadenado no era más que una maniobra para despejar el camino hacia la torre.

Zevid se agazapó en la sombra de un edificio cercano y observó la gran plaza. Sabía que no podía avanzar hasta asegurarse de que los Centinelas estuvieran ocupados, y ahora, gracias a la guerra, lo estaban. Los Terrenales habían logrado algo que parecía imposible: forzar a los Centinelas del Amanecer a dejar su puesto en la Torre Oscura para defender a los suyos.

Una explosión resonó en la distancia, y Zevid sonrió. El caos estaba alcanzando su punto álgido. Había entrenado a un pequeño grupo de Terrenales para que dominaran fragmentos de la “magia” que él mismo había descifrado. No eran tan poderosos como los Centinelas, pero eran lo suficientemente fuertes como para parecer una amenaza real. Ese grupo, a quien los demás Terrenales llamaban **Los Portadores de la Llama**, estaba luchando en la ciudad, usando sus rudimentarios poderes para enfrentar a los Eternos y sus guardianes.

El propósito de Los Portadores de la Llama no era ganar la guerra, sino prolongarla el tiempo suficiente para que los Centinelas creyeran que la amenaza era auténtica. Y parecía que estaba funcionando. Zevid observó a dos de los Centinelas, reconocibles por sus armaduras brillantes, alejándose de la torre en dirección a las líneas de batalla. Dos menos que protegerían la entrada.

El plan estaba funcionando a la perfección.

Zevid descendió desde su posición oculta y comenzó

---

a moverse por los callejones que rodeaban la plaza. Sabía que, incluso con la mayoría de los Centinelas distraídos, aún quedaban unos pocos dentro. Entrar no sería fácil. Pero había calculado cada detalle, cada variable. Los Terrenales pensaban que estaban luchando por su libertad, los Eternos creían que estaban defendiendo su dominio, pero ninguno de ellos sabía la verdad. Esta guerra no tenía ganadores, solo víctimas. Y Zevid no era ni una cosa ni la otra. Él estaba más allá de ambos bandos, utilizando la guerra como su herramienta.

Con pasos rápidos y silenciosos, Zevid se acercó a la Torre Oscura. Las puertas, gigantescas y labradas con inscripciones antiguas que los Terrenales creían místicas, se alzaban frente a él. Sabía que no podría entrar sin activar los mecanismos de seguridad. Sin embargo, ya había previsto eso también.

En los meses previos, había sobornado y manipulado a uno de los pocos Eternos con acceso limitado a la torre, un miembro de una familia menor que había caído en desgracia. Este Eterno, seducido por la promesa de una redención imposible, había entregado a Zevid los códigos de acceso para los niveles inferiores. No sería suficiente para llegar al núcleo del laboratorio, pero le permitiría entrar y moverse hasta donde necesitaba.

Zevid se acercó al panel oculto, una pieza tecnológica camuflada en la piedra de la puerta. Con movimientos precisos, introdujo el código. La puerta emitió un suave zumbido y se abrió lentamente, revelando el oscuro interior de la torre. No había tiempo que perder. Entró sin hacer ruido y dejó que las puertas se cerraran tras él.

El interior de la Torre Oscura era todo lo que Zevid esperaba y más. Columnas de metal y cristal recorrían las paredes, conectadas a sistemas de soporte vital que man-

---

tenían los experimentos biotecnológicos que alimentaban a los Eternos. La tecnología aquí era tan avanzada que para los Terrenales sería indistinguible de magia, pero para él, era solo una herramienta más en su plan. Sabía cómo funcionaba, y pronto controlaría cada aspecto de ella.

Se movió por los pasillos oscuros, esquivando las pocas cámaras de vigilancia que aún estaban activas. Los Centinelas habían reducido la seguridad, confiando demasiado en su poder. Zevid sabía que esa arrogancia sería su perdición. Mientras avanzaba hacia el laboratorio central, donde se guardaban los secretos de la biotecnología de los Eternos, escuchó los ecos de la batalla en la distancia. Los Portadores de la Llama seguían luchando, comprándole el tiempo que necesitaba.

Cada paso que daba lo acercaba más a su objetivo. Y cuando llegara al laboratorio, nada ni nadie podría detenerlo.

---

## Capítulo 4: El Nacimiento del Mito

Zevid siempre había entendido una verdad fundamental sobre los Terrenales: no necesitaban un salvador real, solo la ilusión de uno. Durante su tiempo entre ellos, se dio cuenta de que lo único más poderoso que la realidad era la percepción. La gente creía lo que quería creer, y los Terrenales, atrapados en su desesperanza, anhelaban algo que los hiciera sentir que el cambio era posible. Zevid no era carismático ni imponente, no tenía las cualidades de un líder inspirador, pero sí poseía la habilidad más peligrosa de todas: podía entender a las personas mejor que ellas mismas.

---

Había pasado meses observando desde las sombras. Las células de resistencia eran pequeñas y fragmentadas, cada una dirigida por un líder con su propia agenda, sus propios rencores, y sus propios métodos. Todos se creían héroes, luchadores por una causa mayor, pero en realidad, no eran más que niños jugando a la guerra, sin la menor idea de lo que se necesitaba para derrocar a los Eternos. Sus ataques eran descoordinados y, en su mayoría, insignificantes. Pero lo que Zevid vio fue potencial, no en su fuerza, sino en su desesperación.

El primer grupo que manipuló fue una célula reducida que operaba en las afueras de una ciudad industrial. No se acercó como líder ni como salvador. En lugar de eso, se infiltró como un consejero, alguien que sabía cómo sobrevivir en el mundo opresivo en el que vivían. Al principio, solo ofrecía pequeñas sugerencias, observando cómo cada miembro reaccionaba, cómo seguían las órdenes sin siquiera darse cuenta. Zevid notaba los miedos ocultos, las ambiciones enterradas y, más importante, las inseguridades de aquellos que se creían líderes.



---

No tardó en ver la grieta perfecta para empezar a moldear el mito. Sabía que no podía ser él quien liderara, no con su falta de carisma o presencia física. Pero eso no le preocupaba, porque el verdadero poder no residía en estar en el centro de la acción, sino en controlar lo que ocurría en los márgenes.

---

Una noche, durante una reunión clandestina de la célula de resistencia, Zevid comenzó a plantar las semillas del mito.

—He oído rumores de un guerrero, un hombre que lucha más allá de los límites de la capital —susurró al líder del grupo, un hombre al que ya había estudiado detenidamente y que ansiaba desesperadamente una victoria.

El hombre, intrigado, alzó la vista. —¿Quién es ese guerrero?

Zevid lo miró con cautela, sabiendo exactamente qué decir para prender la chispa de la imaginación. —Nadie lo sabe con certeza. Se mueve entre las sombras, ataca solo cuando es necesario. No busca gloria ni reconocimiento, solo justicia para los Terrenales. Algunos dicen que posee una magia que ni los Eternos pueden detener.

Las palabras tuvieron el efecto que Zevid esperaba. No era necesario presentar pruebas ni detallar historias. La gente, especialmente los desesperados, llenaba los vacíos con sus propios deseos. Y así, el mito comenzó a crecer.

---

Lo que siguió fue un acto magistral de manipulación. Zevid nunca presentó pruebas concretas de la existencia de este Héroe, ni se preocupó por hacerlo. Al contrario, lo mencionaba de manera casual, dejando que los rumores se expandieran por sí solos. En cada célula de resistencia que

---

visitaba, dejaba caer la idea del Héroe, sabiendo que los Terrenales, ansiosos por creer en algo, tomarían esa idea y la harían suya.

A medida que la leyenda del Héroe se extendía, Zevid se mantenía al margen, observando cómo las diferentes células comenzaban a coordinar ataques más ambiciosos, creyendo que estaban siguiendo los pasos de este guerrero mítico. Y lo más brillante de su estrategia fue que no necesitó hacer nada heroico ni alzarse en ningún frente. El mito del Héroe tomó vida propia, alimentado por la desesperación de los Terrenales y su deseo de esperanza.

---

Zevid había creado un fantasma, una sombra que nunca podría ser capturada ni confirmada, y precisamente por eso era perfecto. Los Eternos, aunque ajenos a la resistencia de los Terrenales, comenzaron a escuchar los rumores. La leyenda de un guerrero imparable que podía desatar el caos entre las filas de los Eternos empezó a llegar incluso a las capitales.

Pero mientras todos miraban hacia esa figura mítica, creyendo que la salvación venía de un guerrero en las sombras, Zevid seguía trabajando desde los márgenes. Usaba la ilusión del Héroe para unir a las células de resistencia, coordinando ataques con precisión, pero nunca tomando el crédito. Lo que nadie entendía era que no había un solo hombre detrás de los ataques. El Héroe era solo un disfraz, una herramienta.

Zevid no tenía ni el carisma ni la habilidad de ser el Héroe que los Terrenales anhelaban, pero no necesitaba serlo. Todo lo que necesitaba era la habilidad para entender lo que los demás querían creer. Y esa fue su verdadera magia: la capacidad de manipular los corazones y las mentes

---

de quienes lo rodeaban, sin que se dieran cuenta de que estaban siendo manipulados.

---

El mito creció, y los Terrenales comenzaron a luchar con más fuerza, convencidos de que estaban siendo guiados por alguien mayor que ellos. Mientras tanto, Zevid estaba preparando su movimiento final. Sabía que, en el momento adecuado, podría usar ese mito para desatar una guerra que obligara a los Centinelas a moverse y despejar su camino hacia la Torre Oscura. Todo se estaba alineando, y ni los Eternos ni los Terrenales tenían idea de que habían caído en el juego de Zevid.

---

## Capítulo 5: El Precio del Poder

Zevid siempre supo que el acceso a la Torre Oscura no sería una cuestión de simple fuerza ni de habilidad física. A pesar de su habilidad para manipular tanto a los Terrenales como a los Eternos, entendía que la clave real para su plan no residía en juegos políticos ni en la guerra. Lo que necesitaba era acceso a los códigos que controlaban la Torre, la fortaleza biotecnológica que alimentaba el poder de los Eternos. Estos códigos no eran solo la llave para entrar, sino la clave para modificar la red bio-tecnológica que mantenía a las familias eternas en su estado de perfección.

Zevid no era un Terrenal ni alguien ajeno al poder. Su familia alguna vez fue una de las diez grandes, los arquitectos del mundo que ahora dominaban. Sin embargo, por errores de generaciones pasadas, su linaje había caído en desgracia, reducido a la posición más baja dentro de los Eternos: los Arcontes, encargados de gestionar a los Terrenales. Pero Zevid no aceptaba esa degradación. Sabía que para reclamar su verdadero lugar y destruir el orden actual, necesitaría algo más que ambición: necesitaba conocimiento.

---

Durante años, Zevid estudió programación biotecnológica, no porque fuera particularmente talentoso o inclinado a la ciencia, sino porque entendía que era el único camino hacia el poder. No podía convertirse en un maestro, pero no lo necesitaba. Su objetivo no era controlar el sistema en su totalidad, sino simplemente introducir los cambios necesarios para dismantelar la red que sostenía la inmortalidad de los Eternos. Zevid estudió lo suficiente para alcanzar ese nivel mínimo, pasando horas interminables revisando fragmentos de información sobre la biotecnología que sostenía a su propia clase.

---

Había una vulnerabilidad en la red: si podía obtener los códigos de acceso y programación adecuados, podría modificar la red para debilitar gradualmente a los Eternos. No era un golpe directo, pero sí lo suficientemente preciso como para hacer que su sistema de inmortalidad comenzara a fallar. El verdadero reto no estaba en la ejecución de esta programación, sino en conseguir esos códigos.

Fue entonces cuando encontró a **Ghedar**, un Eterno de bajo rango. Ghedar no era cualquiera: era un ingeniero encargado del mantenimiento de la infraestructura bio-tecnológica, un puesto de importancia técnica, pero carente de gloria dentro de las grandes casas. Aunque inmortal y poderoso en comparación con los Terrenales, Ghedar había sido relegado a una vida de insignificancia dentro de la jerarquía de los Eternos, lo que lo hacía vulnerable. Zevid vio en él una oportunidad.

---

La manipulación de Ghedar no fue una tarea rápida ni sencilla. Los Eternos, incluso los más descontentos, eran cautelosos. Pero Zevid no necesitaba apresurarse. Sabía que la insatisfacción era como una herida lenta, y si la manejaba bien, podía usarla a su favor. Durante meses, Zevid tejió una red de intrigas y rumores, haciendo que Ghedar empezara a dudar de su lugar en la estructura de poder. Le habló del mito del Héroe que, en las sombras, estaba empezando a mover los hilos de una revolución entre los Terrenales. Aunque Ghedar era reacio al principio, la promesa de un cambio lo intrigó.

Zevid no necesitaba que Ghedar traicionara abiertamente a los Eternos, solo que le proporcionara los códigos de acceso. Sabía que no sería una tarea fácil, pero jugó con la ambición latente de Ghedar. Le insinuó que, con esos

---

códigos, podría posicionarse mejor en la nueva estructura de poder que surgiera del caos que estaba a punto de desatar. Le ofreció la posibilidad de tener un rol más destacado, de recuperar el estatus que tanto anhelaba.

Al final, Ghedar cedió. Lo hizo no por lealtad a Zevid, sino por su propia ambición. Los códigos de acceso, ocultos en las profundidades de la red biotecnológica, fueron entregados a Zevid, creyendo que, si jugaba bien sus cartas, Ghedar podría ganar algo en el proceso. No sospechaba que, al dar esos códigos, estaba sellando su propia sentencia y la de todos los Eternos.

---

Con los códigos en su poder, Zevid ya tenía el acceso que necesitaba. Los años de estudio ahora darían frutos. Sabía que no era un genio de la programación ni un maestro en biotecnología, pero no necesitaba serlo. Todo lo que requería era lo mínimo para ingresar los comandos correctos y ejecutar las modificaciones que debilitarían el sistema que mantenía a los Eternos vivos. La red biotecnológica que los alimentaba podría ser modificada para que, poco a poco, comenzara a descomponerse. No sería un golpe instantáneo, pero con el tiempo, los efectos serían devastadores.

El plan de Zevid no solo era eliminar a los Eternos, sino iniciar una nueva purga, más eficiente que la anterior. Esta vez, no solo caerían los Terrenales que él despreciaba, sino también los mismos inmortales que lo habían degradado. Y cuando todo hubiera terminado, solo quedarían aquellos que él considerara dignos de su nuevo orden. Ghedar y los demás Eternos nunca verían venir lo que estaba por suceder, y cuando lo hicieran, ya sería demasiado tarde.

---

## Capítulo 6: El Tablero de Guerra

El rugido de la batalla resonaba en la distancia, amortiguado por las gruesas paredes de la Torre Oscura. Zevid Rokchild avanzaba con calma por los pasillos, su figura pequeña y delgada moviéndose sin ser vista, mientras todo lo que había planeado comenzaba a encajar. Los Centinelas del Amanecer, los diez guerreros más poderosos de los Eternos, estaban fuera luchando contra Los Portadores de la Llama, el grupo de Terrenales “mágicos” que él había entrenado para aparentar ser una amenaza real. De los diez Centinelas, solo dos permanecían en la Torre, protegiendo el último vestigio del poder absoluto de los Eternos.

Pero Zevid no necesitaba que fueran más de dos.

Los Centinelas del Amanecer no eran simples soldados. Eran el pináculo de la evolución y la nanotecnología, sus mentes conectadas entre sí a través de enlaces cuánticos. Esa conexión les permitía operar como una sola entidad, anticipando movimientos, reaccionando en perfecta sincronización. Era por eso que nadie había podido desafiarlos en mil años. Pero también era por eso que Zevid sabía exactamente cómo destruirlos.

Los Centinelas obtenían su información y energía de los enlaces cuánticos entrelazados que los conectaban no solo entre ellos, sino con la red biotecnológica que los alimentaba. Sin embargo, Zevid había descubierto una vulnerabilidad clave: si uno de esos enlaces entrelazados era alterado, no colapsaría todo el sistema, pero sí desencadenaría una decoherencia cuántica que podría manipular. Esta decoherencia forzaría a uno de los Centinelas a actuar de manera impredecible. Para que su plan funcionara, necesitaba reducir el número de Centinelas activos a solo dos, de modo que la alteración del enlace los enfrentara entre sí en un es-

---

tado caótico.

Esto no había sido una tarea fácil. Solo conseguir un **quanto entrelazado** con uno de los Centinelas había requerido sacrificios que aún quemaban en lo más profundo de su mente. Sus propios padres, antiguos miembros de la élite que habían caído en desgracia junto con los Rokchild, todavía poseían en sus cuerpos la información codificada de los Centinelas, un legado de cuando su familia había sido una de las más poderosas entre los Eternos. Pero renunciar a esa información fue algo que jamás habrían hecho voluntariamente.

Zevid había tenido que torturarlos, obligarlos a ceder los secretos que se aferraban a sus cuerpos como última prueba de su antigua gloria. Su padre había resistido hasta el final, aferrándose a la ilusión de que algún día recuperarían su estatus. Su madre había implorado, tratando de apelar a lo poco que quedaba de humanidad en él. Pero Zevid no sentía compasión. Solo poder. Y así, cuando ambos se rompieron, cuando ya no les quedaba nada más que dar, los mató. No porque los odiara, sino porque ya no eran útiles.

Ese quanto entrelazado que había extraído de sus cuerpos le permitía ahora manipular a los Centinelas que quedaban en la torre. Pero había algo más que lo hacía aún más letal: utilizando ese quanto, Zevid podía inducir una **decoherencia cuántica**, un colapso de las infinitas posibilidades que mantenían a los Centinelas en perfecta sincronización. Al forzar ese colapso, Zevid podía empujarlos a uno de los infinitos estados posibles donde los dos Centinelas restantes verían al otro como una amenaza.

Era un riesgo enorme. Pero Zevid sabía que, con solo dos Centinelas activos, podía forzar ese resultado.

---

Llegó a una gran puerta sellada. Sabía que detrás de



---

ella se encontraba el laboratorio central de la Torre Oscura, el corazón de la red biotecnológica que había mantenido a los Eternos en el poder durante siglos. Los Centinelas que quedaban estaban dentro, protegiendo lo que creían era un secreto inviolable. Pero Zevid ya había desmoronado sus defensas sin que siquiera lo supieran.

Se acercó al panel de control junto a la puerta y, con un movimiento preciso, introdujo el código que había obtenido a través de sobornos y manipulaciones cuidadosamente orquestadas durante meses. La puerta emitió un suave zumbido y se deslizó hacia un lado, revelando una sala brillante, llena de la maquinaria más avanzada que los Terrenales jamás podrían comprender. Allí, en el centro de la sala, estaban los dos Centinelas restantes.

Uno de ellos, un hombre alto con cabello dorado y ojos centelleantes, lo miró con una mezcla de sorpresa y desprecio. A su lado, una mujer de cabello plateado levantó la mano, como si fuera a desintegrarlo en ese mismo instante. Ambos Centinelas todavía se sentían invulnerables, confiando en su perfección y su conexión cuántica.

—Rokchild —dijo el hombre con voz profunda—. No puedes estar aquí.

Zevid no se inmutó. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de enfrentarse a ellos físicamente, pero tampoco lo necesitaba.

—Oh, claro que puedo —respondió, su voz tan fría como el acero—. Y, de hecho, estoy aquí para quedarme.

Los Centinelas intercambiaron una mirada, percibiendo la extraña calma en Zevid. No sabían que, en ese preciso momento, el quanto entrelazado que había obtenido de sus padres ya estaba en acción. Zevid activó el dispositivo oculto en su mano, canalizando la decoherencia cuántica que había estado manipulando durante meses.

---

Lo que sucedió a continuación fue casi imperceptible. Una leve fluctuación en el aire, un momento en el que la realidad pareció tambalearse. Los Centinelas se movieron al unísono, pero algo había cambiado. Zevid había colapsado las infinitas posibilidades del enlace cuántico del Centinela de los Rokchild, forzándolo a uno de los muchos estados posibles en el que percibía al Centinela Morguhn como una amenaza mortal. Mientras el Centinela Morguhn permanecía consciente y en control, su compañero ahora lo veía como un enemigo.

La mujer de cabello plateado giró su rostro hacia su compañero, sus ojos brillando con desconfianza. El hombre de cabello dorado dio un paso atrás, su mano cerrándose en un puño, como si intentara contener un impulso repentino. En cuestión de segundos, la simbiosis cuántica que los había mantenido sincronizados durante siglos se rompió.

—Traidor —susurró la mujer, y antes de que pudiera contenerse, lanzó un golpe hacia su compañero.

El hombre lo esquivó por pura reacción, y en ese momento, el caos estalló. Ambos Centinelas, ahora incapaces de entender por qué, comenzaron a atacarse. Sus poderes, que durante siglos habían protegido la torre, se desataron en una danza mortal de energía pura. El laboratorio se llenó de explosiones de luz y fuerza mientras los dos combatían ferozmente, completamente ajenos a la verdadera causa de su conflicto.

Zevid dio un paso atrás, observando con frialdad cómo los dos guerreros más poderosos de los Eternos se destruían mutuamente. No necesitaba luchar. El caos que había desencadenado era suficiente para allanar su camino.

Mientras los Centinelas luchaban, Zevid se dirigió hacia el núcleo del laboratorio. Allí estaba, la fuente del poder que durante mil años había mantenido a los Eternos

---

como dioses sobre la tierra. Con un movimiento rápido, introdujo los comandos que había memorizado, y el sistema comenzó a desactivar las protecciones.

El poder de los Eternos, su “magia”, ahora estaba al alcance de su mano.

---

## Capítulo 7: El Precio de la Sangre

El frío llenaba el aire en la sala oscura, no solo por la baja temperatura, sino por el vacío de toda humanidad que la ocupaba. Zevid miraba a sus padres, encadenados frente a él, sus cuerpos débiles, su piel pálida, rostros que alguna vez fueron poderosos, ahora reducidos a la miseria que habían engendrado con su decadencia. El único sonido que rompía el silencio era el de sus respiraciones entrecortadas, pesadas, mientras esperaban algo, cualquier cosa, que acabara con el sufrimiento.

Zevid, sin embargo, no tenía prisa.

Había pasado toda su vida aguardando este momento, no porque buscara venganza ni porque tuviera cuentas pendientes con ellos. De hecho, no sentía nada hacia sus padres. Ni odio, ni resentimiento, ni siquiera el frío desapego que a veces surge de las fracturas familiares. Lo único que lo movía era la necesidad de control, y ellos, sus propios padres, no eran más que otro obstáculo entre él y el poder absoluto que tanto anhelaba.

—Pudiste evitar esto —susurró Zevid con voz plana, mientras recorría con la mirada los instrumentos que había dispuesto sobre la mesa a su lado. No lo decía como una amenaza, ni como una sentencia. Solo era un hecho. Para él, todo esto había sido inevitable.

Su madre lo miraba con los ojos entrecerrados, incapaz de entender completamente cómo habían llegado hasta aquí. La confusión aún estaba grabada en sus facciones envejecidas. ¿Cómo su propio hijo podía haberlos traicionado? Pero incluso en ese momento, la negación se apoderaba de ella. **No, mi hijo no es esto**, parecía decirle su mirada, mientras el dolor la desgarraba lentamente.

Su padre, por otro lado, sabía exactamente quién era

---

Zevid. Sabía que el frío calculador al que habían creado era capaz de cualquier cosa. Lo había visto crecer, lo había visto transformar su odio silencioso en una ambición insaciable. Sabía que este día llegaría, pero había esperado, estúpidamente, que quizás el amor por sus progenitores pudiera detenerlo. **Qué error tan patético.**

Zevid eligió un pequeño dispositivo de la mesa, una aguja fina que brillaba bajo la tenue luz. No se molestó en explicar qué era o para qué servía. No había necesidad de palabras vacías. El silencio entre ellos era el único lenguaje que importaba ahora.

Se acercó primero a su madre. La aguja penetró suavemente su piel, y el dispositivo comenzó a liberar una corriente de electricidad que activaba los receptores nerviosos de su biotecnología inactiva. No era un dolor físico, sino algo más profundo, algo que conectaba con cada célula de su cuerpo. Ella comenzó a gritar, no con el estruendo de alguien que sufre una herida superficial, sino con el eco de quien siente cómo su ser entero se rompe desde adentro.

—Dame los códigos del quanto entrelazado —dijo Zevid, sin emoción alguna, observando cómo el cuerpo de su madre temblaba violentamente. Sus gritos resonaban en la sala, pero para él, no eran más que ruido de fondo.

Su padre no podía apartar la vista. Era consciente de que él sería el siguiente, y aunque se preparaba para resistir, sabía que Zevid no se detendría hasta obtener lo que quería. El quanto entrelazado del Centinela Rokchild era la última llave que necesitaba para su plan. Si conseguía acceso a ese entrelazamiento cuántico, podría manipular a los Centinelas desde dentro. Y Zevid no tenía intenciones de fallar en esto.

—Por favor... —gimió su madre entre espasmos, incapaz de seguir resistiendo. Las lágrimas corrían por sus

---

mejillas, y la súplica en sus ojos no encontró ninguna respuesta en su hijo.

Zevid mantuvo la aguja en su lugar durante unos minutos más, hasta que su madre apenas pudo continuar gritando. Cuando el silencio finalmente volvió a llenar la sala, Zevid se giró hacia su padre.

—Eres el siguiente.

---

La tortura no fue rápida, ni fue una cuestión de espectáculo. Zevid no disfrutaba el dolor que infligía, pero tampoco lo evitaba. Para él, era una simple herramienta, igual que cualquier otro medio de control. Sabía exactamente cuánto presionar y cuándo detenerse. Sabía que no era una cuestión de si obtendría lo que quería, sino de cuándo.

Su padre intentó resistir. Intentó usar las mismas tácticas psicológicas que Zevid había aprendido de él en sus años de observación silenciosa. Pero su hijo había superado a su maestro hacía tiempo. Cada golpe, cada descarga, cada momento de sufrimiento estaba calculado con precisión para llevarlo al límite y más allá. No había esperanza ni escape. No había redención.

Finalmente, cuando la voluntad de su padre se rompió como un cristal, Zevid consiguió lo que necesitaba: el acceso al quanto entrelazado del Centinela Rokchild. Aquella pieza crítica de información que su familia había protegido durante generaciones ahora le pertenecía. No importaba el costo. Zevid lo había conseguido.

---

Mientras sus padres yacían en el suelo, incapaces de moverse, sus cuerpos convertidos en despojos por el dolor,

---

Zevid los miró una última vez. Pero no con rencor, no con satisfacción. Solo con una indiferencia absoluta.

—No me importa que me odien —murmuró, más para sí mismo que para ellos. Su voz resonaba como un eco frío en la sala vacía—. Nunca lo hicieron.

Dio media vuelta, dejando atrás los cuerpos de quienes alguna vez lo criaron. No miró hacia atrás. No sintió remordimiento, ni dolor, ni culpa. No importaba si eran sus padres. No importaba si alguna vez compartieron algo más que sangre. Para Zevid, lo único que importaba era el control. Y ese control, finalmente, estaba en sus manos.

---

Este capítulo es el punto de quiebre definitivo. Zevid tortura a sus propios padres sin sentir compasión ni rencor, solo la necesidad de poder. No hay justificación emocional o venganza, solo la fría ambición de alguien dispuesto a destruir todo, incluso a aquellos que deberían haber significado algo para él, por el control absoluto.

---

## Capítulo 8: El Cuchillo en la Sombra

El rugido de la batalla continuaba resonando dentro de la Torre Oscura, el choque de los dos Centinelas llenando el aire con destellos de energía y explosiones de poder biotecnológico. El plan de Zevid Rokchild había funcionado a la perfección, al menos en parte: el Centinela de los Rokchild, atrapado en la decoherencia cuántica que Zevid había provocado con el cuanto entrelazado, ahora veía al otro Centinela como una amenaza mortal. Sin embargo, el otro guerrero, perteneciente a la casa Morguhn, seguía perfectamente consciente y en control de sus facultades. Este no había sido afectado por la manipulación de Zevid.

Era un riesgo que Zevid había aceptado desde el principio. Solo había podido entrelazar un cuanto con el Centinela de su propia casa, usando la información codificada que había extraído de los cuerpos de sus padres. La tecnología cuántica que mantenía a los Centinelas sincronizados era casi invulnerable, y el simple hecho de haber manipulado a uno ya era una hazaña titánica. Pero eso dejaba a otro, el Centinela Morguhn, completamente intacto.

Observó desde las sombras cómo los dos guerreros luchaban, el Centinela de los Rokchild atacando con furia ciega, mientras el Morguhn bloqueaba cada golpe, todavía confuso por la traición de su compañero. Los dos eran igual de poderosos, dos seres perfeccionados por siglos de manipulación biotecnológica, y en cualquier otra situación, esta pelea no tendría un ganador claro. Pero Zevid necesitaba que ambos se destruyeran mutuamente. Ese era el único camino.

El Centinela Morguhn comenzó a contraatacar, utilizando su velocidad sobrehumana para moverse con precisión letal, mientras el Centinela de los Rokchild lanzaba



---

golpes más erráticos, impulsado por la percepción alterada que Zevid había desencadenado. El conflicto, aunque equilibrado, no podía durar para siempre. La furia del Centinela de los Rokchild lo hacía vulnerable, y en su estado de confusión, estaba cometiendo errores. Pequeños, pero significativos.

Zevid supo entonces que tenía que inclinar la balanza.

Mientras los dos Centinelas seguían luchando, Zevid se deslizó hacia el núcleo del laboratorio. Los sistemas de la torre, aunque aún operativos, ya no estaban completamente protegidos. El caos de la batalla estaba distrayendo a ambos guerreros, pero también había desestabilizado parte del sistema cuántico que alimentaba su sincronización. Zevid sabía que no podía esperar mucho más. Si el Centinela Morguhn lograba derrotar a su compañero sin sucumbir en el proceso, todo el plan se desmoronaría.

Llegó al núcleo, una consola de control rodeada por una compleja red de cables biológicos y pulsantes de luz. Introdujo los comandos que había memorizado. El código, obtenido a través de sobornos y manipulación, comenzó a desactivar las protecciones del sistema.

A medida que las luces de la consola parpadeaban, Zevid vio la oportunidad de inclinar la batalla a su favor. Con un último comando, envió una pequeña sobrecarga a la red cuántica que controlaba las líneas de información entre los Centinelas. No fue suficiente para desestabilizar por completo al Centinela Morguhn, pero sí para crear un breve momento de vacilación, un instante donde su sincronización interna falló.

El Centinela de los Rokchild, en su furia desatada, no perdió esa oportunidad. Con un grito salvaje, lanzó un golpe con toda su fuerza, alcanzando al Centinela Morguhn

---

en el torso y lanzándolo hacia atrás. Fue un golpe devastador, pero no letal.

Zevid sonrió, pero solo por un segundo. El Centinela Morguhn aún estaba de pie, gravemente herido pero no derrotado. Y lo que era peor: ahora sabía que no era su compañero quien había traicionado. Sabía que había algo más, algo en las sombras que estaba manipulando la situación.

El Centinela Morguhn miró brevemente a su compañero y luego al laboratorio, como si intuyera la presencia de Zevid. En un momento de desesperación, con sus últimas fuerzas, levantó la mano y comenzó a cargar un ataque final. Si ese ataque alcanzaba el núcleo, todo el laboratorio colapsaría, y con él, el control que Zevid estaba a punto de obtener.

No podía permitirlo.

—¡Termina con él! —susurró Zevid, aunque sabía que el Centinela de los Rokchild no podía oírlo ni obedecerlo de manera consciente.

Pero en ese momento, el Centinela de los Rokchild, aún atrapado en la decoherencia cuántica, lanzó un último y brutal ataque. Un rayo de energía pura atravesó el aire y golpeó de lleno al Centinela Morguhn antes de que pudiera soltar su ataque final. La explosión de energía llenó la sala, y por un instante, todo quedó en silencio.

Cuando el humo se disipó, Zevid avanzó lentamente. Ambos Centinelas yacían en el suelo, sus cuerpos rotos por la intensidad de la batalla. La sala estaba destrozada, pero el núcleo del laboratorio seguía intacto, brillando con una luz tenue pero estable.

Zevid se acercó al núcleo con calma, su corazón frío como siempre. Había sido una jugada arriesgada, pero había funcionado. Introdujo el último comando en la consola, y las protecciones restantes del sistema colapsaron. La tec-

---

nología biotecnológica que había mantenido a los Eternos en el poder durante siglos estaba ahora a su disposición.

El poder absoluto.

Mientras la sala volvía a la normalidad y el eco de la batalla se desvanecía, Zevid miró los cuerpos de los Centinelas caídos. Durante mil años, estos guerreros habían protegido el poder de los Eternos, creyendo que su perfección los hacía invencibles. Pero incluso los dioses podían caer. Solo hacía falta un hombre lo suficientemente inteligente, lo suficientemente despiadado, para encontrar sus debilidades.

Sin perder más tiempo, Zevid comenzó a transferir los datos del sistema al dispositivo que había traído consigo. Era el final de una era, y el comienzo de otra. Una nueva purga se avecinaba, una que él mismo orquestaría. Seleccionaría a los que eran dignos, los que merecían sobrevivir, y eliminaría a los demás, tal como lo había hecho con su propia familia.

Los dioses estaban muertos. Y en su lugar, se alzaba Zevid Rokchild, el verdadero maestro del tablero.

---

## Capítulo 9: La Guerra de la Ciencia Oculta

En las afueras de lo que alguna vez fue una ciudad próspera, una célula de resistencia compuesta por mil Terrenales entrenados esperaba su destino. Eran combatientes disciplinados, entrenados hasta el límite de sus capacidades físicas y mentales, y todos sabían que su objetivo era desafiar el control de los Eternos. Pero aunque tenían valor, no tenían idea de lo que estaba por llegar.

---

El Centinela, un guerrero solitario, se movía entre las sombras como un dios de destrucción. Su cuerpo no solo era fuerte y ágil, sino también impulsado por la red biotecnológica que lo conectaba a un sistema cuántico que trascendía la comprensión de los Terrenales. Sus ojos, modificados para ver más allá del espectro visible, brillaban como faros mientras localizaba a sus presas, y sus movimientos eran tan rápidos que parecían desdibujarse ante la vista.

Para los Terrenales, sus ataques parecían actos de magia pura. El Centinela podía crear barreras invisibles a su alrededor que detenían cualquier proyectil antes de que tocara su piel. Lanzaba rayos de energía desde sus manos que pulverizaban el suelo a su alrededor, y con un solo golpe, despedazaba a varios hombres a la vez. No había balas ni armas humanas que pudieran siquiera ralentizarlo.

Lo que los Terrenales no sabían es que todo lo que hacía el Centinela era ciencia, no magia. Los rayos de energía eran el resultado de microgeneradores biotecnológicos implantados en su cuerpo, capaces de canalizar grandes cantidades de energía almacenada en su biología mejorada. Las barreras invisibles eran un campo de fuerza creado por nanotecnología avanzada, capaz de manipular las moléculas a su alrededor para desviar ataques físicos. Todo su ser

---

estaba diseñado para ser el arma definitiva, una creación de ingeniería biotecnológica a la que los Terrenales jamás podrían aspirar.

Y así, en cuestión de minutos, la célula de resistencia, compuesta por mil hombres y mujeres entrenados, fue aniquilada. No quedó rastro de su existencia, excepto las ruinas humeantes y los cuerpos desmembrados en el suelo.

---

Zevid observaba desde lejos, oculto en la penumbra. No tenía interés en esos Terrenales. Sabía que eran sacrificios necesarios en su plan. La verdadera lucha no era entre ellos y los Eternos, sino entre él y los Centinelas. Sin embargo, lo que había aprendido en estos meses de observación era crucial: aunque los Terrenales no podían igualar el poder de los Centinelas ni el de los Eternos, podían convertirse en herramientas útiles para sus planes.

La clave estaba en la ilusión de la magia.

---

Zevid había comenzado a entrenar a pequeños grupos de Terrenales en lo que ellos creían que era “magia”, pero que no era más que una versión diluida y accesible de la biotecnología que los Eternos usaban. Mientras observaba a los Centinelas luchar, Zevid había aprendido los patrones, había comprendido cómo funcionaba la tecnología que los hacía parecer invencibles. No podía replicar su poder, pero podía enseñar a los Terrenales a usar pequeñas dosis de esa ciencia en su propio beneficio.

No les explicó que lo que les enseñaba no era magia, sino una forma rudimentaria de tecnología avanzada. Eso no importaba. Lo que importaba era que pudieran canalizar

---

esa energía suficiente para crear pequeñas barreras defensivas, para lanzar pequeños destellos de energía. Sabía que nunca podrían derrotar a un Centinela en combate directo, pero no lo necesitaban. Si lograba reunir suficientes grupos de Terrenales bien entrenados en el uso de esta “magia”, podrían formar una distracción poderosa, lo suficiente para que él alcanzara su verdadero objetivo: el control total de la red biotecnológica.

---

Zevid comenzó con células pequeñas, de cien a doscientos Terrenales. Los adiestró sin mostrar nunca su verdadero rostro ni su verdadera identidad. Para ellos, él era solo un emisario del Héroe, una figura mítica que nunca había existido pero que ellos anhelaban. Zevid sabía que no necesitaban entender lo que estaban haciendo, solo seguir las instrucciones que les daba con precisión.

La magia que les enseñaba no era poderosa, pero era suficiente. Podían desviar ataques menores, lanzar pequeños rayos de energía que dañaban estructuras, pero lo más importante era que podían coordinarse para crear caos. Un grupo de doscientos Terrenales armados con esta “magia” podía causar suficiente destrucción como para obligar a los Centinelas a dispersarse y concentrarse en múltiples frentes. Y en ese caos, Zevid podría actuar sin ser detectado.

---

Zevid observaba cómo sus pequeños ejércitos crecían en número y en confianza. Sabía que no eran más que peones, pero peones útiles. Los Centinelas los verían como una amenaza creciente, lo suficiente como para movilizar sus fuerzas y dejar sus puntos clave vulnerables. Zevid solo

---

necesitaba una apertura, una distracción lo bastante grande como para ingresar a la Torre Oscura y completar su plan.

Los Terrenales no sabían que estaban siendo usados, no sabían que nunca serían capaces de vencer realmente a los Eternos. Pero eso no importaba. La clave estaba en el caos, y Zevid sabía cómo sembrar suficiente caos para que su plan funcionara.

Mientras los Terrenales creían que estaban aprendiendo a luchar contra sus opresores, Zevid seguía preparando su jugada final, una en la que solo él saldría victorioso.

---

## Capítulo 6: La Falsa Corona

El eco de la batalla entre los Centinelas se desvanecía en la Torre Oscura. Zevid Rokchild se quedó inmóvil, contemplando los cuerpos inertes de los guerreros más poderosos que los Eternos habían creado. Sus ojos fríos recorrían la escena, no con asombro ni satisfacción, sino con la misma indiferencia con la que había manipulado a todos para llegar hasta aquí. Los Centinelas, protectores del poder biotecnológico de los Eternos, no eran más que obstáculos que había eliminado en su camino hacia el control total. No había gloria en lo que había hecho. Solo eficiencia.

Zevid no sentía orgullo ni triunfo, solo una calma implacable. Los Eternos no eran más que un conjunto de herramientas que él había manipulado, igual que los Terrenales. Los odiaba a ambos. Los Eternos, por su falsa superioridad y su arrogancia, y los Terrenales, por su debilidad patética y su facilidad para ser manejados. No tenía intención de redimir a ninguno de ellos, ni tampoco buscaba venganza por la caída de su familia. La idea de justicia era irrelevante para alguien como él.

Lo único que importaba era el poder.

Con un paso firme, se acercó a los cuerpos de los Centinelas caídos, pero no les dedicó más que una mirada vacía. Estos guerreros perfectos, quienes durante siglos habían mantenido a los Eternos en su dominio, habían sido derrotados por una simple manipulación de enlaces cuánticos y la desesperación. No porque fueran frágiles, sino porque eran predecibles. Y esa predictibilidad los había destruido.

Zevid siempre supo que la fuerza bruta no lo llevaría al control. Desde su infancia, había observado cómo las personas, fueran Eternos o Terrenales, seguían los mismos patrones predecibles de comportamiento. Los Eternos juga-



---

ban con las vidas de los Terrenales para entretenerse, mientras los Terrenales se aferraban a la esperanza de ser salvados por algún héroe. Ambos grupos eran fáciles de manipular porque todos creían que el mundo funcionaba de acuerdo con reglas de moralidad y justicia.

Zevid no.

La moralidad era una ilusión. La justicia era un chiste. Él no buscaba restaurar el honor de su familia ni derrocar a los monstruos que gobernaban el mundo. Quería destruir todo aquello que no podía controlar. Y luego, construir un mundo donde cada ser, cada vida, estuviera a su disposición, sumisa y manipulable.

Había jugado con la esperanza de los Terrenales creando al **Héroe**, una figura ficticia que no existía más que en los mitos que él mismo había esparcido. Los Terrenales necesitaban creer que alguien vendría a salvarlos, alguien que destruiría a los Eternos y liberaría al mundo de su tiranía. Zevid les había dado exactamente lo que querían: una ilusión. Mientras tanto, él los movía como piezas en su propio tablero, creando el caos suficiente para desviar la atención de su verdadero objetivo: tomar el control de la biotecnología que gobernaba a los Eternos.

Mientras los Terrenales gritaban el nombre del Héroe en las calles, luchando y muriendo por una causa que nunca existió, Zevid se movía en las sombras, manipulando tanto a los Eternos como a sus seguidores para alcanzar su único fin: eliminar a todos aquellos que no fueran lo suficientemente útiles o sumisos a su poder.

Se acercó a la consola del laboratorio, donde la fuente del poder biotecnológico de los Eternos lo esperaba. Las luces parpadearon cuando introdujo los comandos que había memorizado. Cada línea de código que activaba lo acercaba más al control total. La sala se llenó de una luz fría cuando

---

la red de seguridad de los Eternos se desmantelaba. Los sistemas que durante siglos habían mantenido a los Eternos inmortales y en control del mundo ahora estaban en sus manos.

Zevid no sentía euforia ni emoción. Solo calma. Era lo que siempre había buscado, desde que comprendió que la única verdad en este mundo era el poder. No existía otra razón para hacer lo que hacía. Los Terrenales, que lo veían como su líder, no eran más que peones desechables, herramientas que utilizó para sembrar el caos y distraer a los Eternos mientras él tomaba lo que le correspondía.

Su mente regresó brevemente a la tarde en que tomó la decisión de destruir a su propia familia. Tenía quince años cuando su padre, cegado por el orgullo y la nostalgia, se negó a entregarle la clave para manipular el cuanto entrelazado de los Centinelas. No lo hizo por una causa noble, sino porque aún albergaba la esperanza de restaurar su posición entre los Eternos. Su madre, aunque más pragmática, compartía el mismo sueño vacío de honor y redención. No comprendían que el poder no se recuperaba siguiendo las reglas, sino rompiéndolas.

Zevid los torturó sin piedad, extrayendo la información que necesitaba sin sentir ni rastro de compasión. Al final, cuando sus cuerpos ya no eran útiles, los mató. No por odio, ni por venganza. Simplemente porque ya no tenían valor.

Esa fue la primera purga.

La siguiente sería mucho más grande.

Había planeado todo con precisión. El caos que ahora reinaba en las ciudades de los Eternos era solo el primer paso. Una distracción necesaria. Mientras los Terrenales creían que estaban luchando por su libertad, Zevid preparaba el escenario para lo que realmente vendría. El Héroe que

---

habían seguido desaparecería, desvaneciéndose como un mito que nunca fue real. Los Terrenales, confundidos y derrotados, caerían ante él como lo habían hecho los Eternos.

El control biotecnológico que ahora tenía le permitiría realizar una purga definitiva. Seleccionaría quién viviría y quién moriría. No en base a justicia o moral, sino en base a sumisión. Solo los obedientes, los sumisos, aquellos que no fueran una amenaza a su poder, tendrían un lugar en el mundo que él iba a construir. El resto serían eliminados, descartados como los errores que eran.

La consola parpadeó, indicando que el proceso estaba completo. Zevíd observó los datos en la pantalla, las líneas de código que representaban siglos de control sobre la vida y la muerte. Ahora, todo ese poder era suyo.

Caminó hacia la salida del laboratorio sin mirar atrás. No había razón para contemplar lo que ya había conseguido. Lo único que importaba ahora era lo que haría con ello.

---

## Capítulo 11: El Juego Final

La ciudad de los Eternos ardía bajo un cielo teñido de rojo. Las llamas consumían los edificios majestuosos, mientras el caos y la confusión se extendían por las calles. Los Terrenales, creyendo que la victoria estaba a su alcance, avanzaban con fervor ciego, guiados por la ilusión del Héroe que nunca existió. En medio de ese tumulto, Zevid Rokchild observaba desde lo alto de una torre derruida, sus ojos fríos analizando cada movimiento, cada grito, cada chispa de desesperación y esperanza que se extinguía.

Había llegado el momento de ejecutar la siguiente fase de su plan.

Con el control absoluto de la biotecnología de los Eternos, Zevid tenía en sus manos el poder para alterar la esencia misma de la vida. Los sistemas que antes servían para mantener a los Eternos en su inmortalidad y dominio ahora eran herramientas que él podía moldear a su voluntad. La “magia” que otros temían o adoraban no era más que ciencia en su forma más pura, y él era su único maestro.

Descendió de la torre y se adentró en las calles, moviéndose con la misma invisibilidad que siempre lo había caracterizado. Los Terrenales a su alrededor estaban demasiado ocupados celebrando victorias vacías o luchando contra los últimos vestigios de resistencia de los Eternos. Nadie se percataba de su presencia, y así era como él lo prefería.

Llegó a una plaza central donde una multitud de Terrenales se había congregado. Habían capturado a un pequeño grupo de Eternos, quienes ahora estaban arrodillados, heridos y humillados. Los gritos de los Terrenales clamaban justicia, venganza, libertad. Palabras vacías que a Zevid le resultaban insoportablemente predecibles.

Uno de los líderes de los Terrenales, un hombre cor-

---

pulento y de voz potente llamado Talen, se subió a una improvisada plataforma. Zevid lo reconoció; había sido uno de los primeros en ser manipulado, un peón particularmente útil en la difusión del mito del Héroe.

—¡Hermanos! —gritó Talen, alzando un puño al aire—. ¡Hoy es el día en que tomamos lo que es nuestro! ¡Los Eternos han caído, y nuestro Héroe nos ha guiado a la victoria!

La multitud rugió en aprobación. Zevid observó con frialdad, analizando cada rostro, cada gesto. Sabía que este era el momento perfecto para introducir la duda, para empezar a dismantelar la ilusión que él mismo había creado.

Se acercó a Talen, moviéndose entre la multitud sin ser notado hasta que estuvo a unos pocos metros de la plataforma. Luego, con una voz calmada pero firme, habló:

—¿Dónde está el Héroe?

El murmullo se extendió rápidamente. Algunos se volvieron para mirarlo, otros comenzaron a susurrar entre sí. Talen frunció el ceño, buscando al dueño de esa voz.

—¿Quién ha hablado? —demandó.

Zevid dio un paso adelante, permitiendo que la luz revelara su rostro. Algunos en la multitud lo reconocieron como el lugarteniente del Héroe, aquel que siempre estaba cerca pero nunca al frente.

—Soy yo, Zevid —dijo con tranquilidad—. Y pregunto nuevamente: ¿dónde está el Héroe?

Talen lo miró con desconcierto.

—Él está... —vaciló—. Él está luchando por nosotros, asegurando nuestra victoria.

Zevid esbozó una sonrisa fría.

—¿Alguien aquí lo ha visto? ¿Alguien puede decirme dónde está nuestro gran líder en este momento decisivo?

La multitud comenzó a inquietarse. Los murmullos crecieron en intensidad. Algunos asintieron, otros miraron

---

a su alrededor, buscando una confirmación que no llegaba.

—¿Qué intentas decir, Zevid? —preguntó Talen, con un tono de sospecha.

Zevid alzó la voz, asegurándose de que todos pudieran oírlo.

—Lo que intento decir es que hemos sido engañados. Que el Héroe que hemos seguido no es más que un fantasma. Una ilusión creada para manipularnos.

La conmoción fue inmediata. Los gritos de sorpresa y enojo llenaron el aire. Talen bajó de la plataforma, acercándose a Zevid con furia en sus ojos.

—¡Esto es una traición! —exclamó—. ¿Cómo te atreves a decir tales cosas?

Zevid lo miró directamente a los ojos, sin rastro de emoción.

—No es traición si es la verdad. Mientras ustedes luchaban y morían por un mito, otros han tomado el control verdadero.

La confusión se convirtió en pánico. Algunos en la multitud comenzaron a gritar, otros a cuestionar en voz alta. Zevid sabía que el caos era el caldo de cultivo perfecto para lo que venía a continuación.

En ese momento, un sonido agudo cortó el aire. Desde las alturas, pequeños dispositivos comenzaron a descender, esparciéndose por toda la plaza. Eran drones biotecnológicos, diseñados para liberar una nano-nube que afectaría a todos los presentes.

La gente miró al cielo, señalando con temor y curiosidad. Talen dio un paso atrás, alarmado.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz temblorosa.

Zevid dio unos pasos hacia atrás, saliendo del centro de la plaza.

—Es el comienzo de un nuevo orden —respondió

---

fríamente.

Los drones liberaron la nano-nube, y en cuestión de segundos, comenzó a tener efecto. Las personas empezaron a sentir una extraña sensación de pesadez, sus movimientos se ralentizaban, sus pensamientos se volvían confusos. No era doloroso, pero sí paralizante.

—¿Qué nos estás haciendo? —gritó Talen, intentando moverse sin éxito.

Zevid observó impasible.

—Estoy seleccionando —dijo—. Separando a los útiles de los inútiles. A los obedientes de los rebeldes.

La multitud, ahora incapaz de moverse, comenzó a entrar en pánico. Algunos intentaron gritar, pero sus voces apenas eran susurros. Zevid caminó entre ellos, estudiando sus rostros, viendo el miedo y la incomprensión en sus ojos.

—Ustedes nunca fueron más que peones —continuó—. Herramientas para un fin mayor. Su papel ha terminado.

Talen, con el último vestigio de fuerza, susurró:

—¿Por qué... haces esto?

Zevid se inclinó hacia él, mirándolo directamente a los ojos.

—Porque puedo. Porque el mundo no necesita a los débiles ni a los ilusos. Solo a aquellos que sirven un propósito.

Se incorporó y dio la espalda a la multitud inmóvil. Los drones continuaban su labor, extendiéndose más allá de la plaza, alcanzando otras partes de la ciudad. Zevid había programado la nano-nube para identificar ciertos patrones genéticos y neurológicos, eliminando a aquellos que no cumplían con sus criterios de sumisión y utilidad.

Mientras caminaba por las calles desiertas, el silencio era interrumpido solo por el zumbido de los drones y el susurro del viento. Los Terrenales y los Eternos caerían por igual. No importaba su origen ni su lealtad. Solo aquellos

---

que podían ser controlados sobrevivirían.

Zevvid sabía que en otras partes del mundo, el mismo proceso estaba ocurriendo. Había preparado todo para que la purga fuera global, utilizando la infraestructura biotecnológica de los Eternos y la ingenuidad de los Terrenales. En cuestión de horas, el mundo sería despojado de aquellos que no encajaban en su visión.

Se detuvo en una encrucijada, contemplando las ruinas de la civilización que había manipulado y destruido. No sentía remordimiento ni satisfacción, solo una calma absoluta.

El juego había terminado. Y él era el único vencedor.



---

## Capítulo 12: El Silencio del Mundo

El sol se levantaba sobre un mundo nuevo, pero no había luz de esperanza en su brillo. Las ciudades, antes llenas de vida y caos, ahora permanecían en un silencio inquietante. No se oían los gritos de los Terrenales, ni las órdenes de los Eternos. El único sonido era el suave zumbido de los drones que aún patrullaban el cielo, completando los últimos retazos de la purga.

Zevid Rokchild caminaba entre los restos de la humanidad con la misma indiferencia con la que había planificado cada paso de su ascenso al poder. Los cuerpos yacían en las calles, algunos aún con los ojos abiertos en una mezcla de sorpresa y terror. No había guerra, ni explosiones, ni destrucción violenta. Todo había terminado con una calma casi pacífica, un borrón en la historia que se había escrito con la sangre de aquellos que habían creído en la justicia, la libertad o el poder eterno.

No había nada que justificara lo que había hecho, pero tampoco era necesario justificarlo. Para Zevid, el mundo no requería una razón más allá del control. Todo lo que importaba era su visión de un orden perfecto: un mundo donde solo aquellos que eran útiles, sumisos y controlables pudieran existir. Los demás no tenían lugar en su futuro.

Las calles vacías y los edificios derrumbados eran testigos mudos de lo que quedaba. Zevid no necesitaba admirar la devastación. Sabía que lo que había hecho era solo el primer paso. Ahora, el verdadero trabajo comenzaba: consolidar su poder, asegurarse de que lo que quedaba del mundo respondiera únicamente a su voluntad. Pero para eso, primero debía terminar de eliminar cualquier rastro de resistencia.

Los Eternos, los dioses falsos que habían dominado

---

durante mil años, ya no existían. Las familias que habían gobernado con puño de hierro sobre los Terrenales estaban muertas, eliminadas por su propia arrogancia y por la red de biotecnología que creyeron controlar. Ahora, esa misma red estaba completamente bajo su mando, moldeada por sus órdenes.

Zevid llegó a una pequeña colina que daba vista a lo que quedaba de la Gran Plaza del Crepúsculo, donde antes los Eternos habían realizado sus ceremonias de poder, observando desde las alturas mientras los Terrenales se inclinaban ante ellos. Ahora, la plaza estaba desierta, las torres destrozadas, los símbolos de su autoridad reducidos a polvo. La arquitectura perfecta, diseñada para intimidar y asombrar, no era más que escombros. La ilusión de poder que los Eternos habían construido durante mil años se había desmoronado en cuestión de días.

Había algo irónico en ello, pero Zevid no se molestó en saborearlo.

Mientras contemplaba la destrucción, sintió el ligero zumbido de un dron acercándose. El dispositivo se detuvo a su lado, su estructura biotecnológica brillando con una luz tenue mientras esperaba sus órdenes.

Zevid levantó la mano, tocando la interfaz del dron. Datos comenzaron a fluir por la pantalla proyectada frente a él. Las cifras eran claras: el 95% de la población había sido eliminada. La purga, su purga, estaba casi completa. Solo quedaban los sumisos, aquellos que, a través de los patrones genéticos y neurológicos que había programado, se ajustaban a su visión de lo que debía ser el futuro. Un futuro sin resistencia, sin caos, sin libertad.

En ese momento, un sonido rompió el silencio. Era leve, apenas un murmullo en el viento, pero lo suficiente para que Zevid lo escuchara. Se volvió lentamente, dirigiendo

---

su mirada hacia las ruinas de lo que alguna vez fue un gran edificio administrativo. Entre los escombros, una figura emergía con dificultad, tambaleándose.

Zevid observó con calma mientras la figura avanzaba lentamente, tropezando con los restos de las paredes derrumbadas. Era un hombre joven, vestido con ropas andrajosas, su rostro cubierto de polvo y sangre seca. A pesar de todo, aún respiraba. Había sobrevivido a la purga.

El hombre finalmente colapsó a pocos metros de Zevid, levantando su cabeza apenas lo suficiente para verlo a los ojos. Estaba temblando, sus labios moviéndose en un intento de hablar, pero solo salieron débiles susurros.

—¿Por qué...?

Zevid lo miró sin parpadear. No había rabia ni compasión en su mirada, solo una curiosidad distante.

—Porque no tienes ningún propósito —respondió fríamente—. No eres útil. No sirves a ningún fin.

El hombre intentó levantarse de nuevo, su cuerpo sacudido por el dolor y la desesperación. Pero antes de que pudiera hacerlo, uno de los drones que acompañaba a Zevid flotó sobre él, liberando una pequeña ráfaga de la nanonube que había aniquilado a tantos otros.

El hombre se desplomó de inmediato, su cuerpo rígido y sin vida.

Zevid observó en silencio durante un momento antes de dar media vuelta. No había satisfacción en ver morir a ese hombre. No era una cuestión de placer o de justicia. Era simplemente el orden natural que él había decidido imponer. Y había más como él. Sobrevivientes esparcidos por las ruinas, aquellos que aún no habían sido alcanzados por la purga, pero que pronto serían eliminados.

Continuó caminando por las calles vacías, acompañado solo por los zumbidos de los drones. Mientras avanzaba, su

---

mente ya comenzaba a trazar el siguiente paso. Eliminar a los últimos vestigios de resistencia era solo el primer punto de su agenda. Ahora debía comenzar a construir el nuevo mundo que había imaginado.

Un mundo donde la voluntad de Zevid Rokchild fuera la única ley.

En este nuevo mundo, no habría dioses ni héroes. No habría libertad, ni esperanza, ni rebelión. Solo habría sumisión. Los que quedaban vivos lo harían porque él lo había permitido, porque eran útiles, porque se doblegaban ante su poder sin cuestionarlo. Y cuando ya no fueran útiles, también serían eliminados.

Llegó a los restos de una fortaleza, una vez un bastión de los Eternos. Sus puertas estaban abiertas, y dentro, los sistemas biotecnológicos aún funcionaban, brillando con una luz constante. Aquí sería donde comenzaría el nuevo orden. Aquí, en estas ruinas, reconstruiría el mundo a su imagen.

Zevid se detuvo frente a una consola, observando los datos que corrían por la pantalla. Todo estaba en su lugar. El control era suyo, completo y absoluto.

Colocó su mano sobre el panel, activando los sistemas que comenzarían a reorganizar la sociedad, que seleccionarían a los sumisos y destruirían cualquier rastro de aquellos que no cumplieran con los nuevos estándares. Era el comienzo de su reinado.

Finalmente, en el más profundo de los silencios, Zevid sonrió. No por triunfo, no por gloria. Solo por la certeza fría de que todo lo que había deseado desde el principio ahora estaba bajo su control.

El mundo era suyo. Y no quedaba nadie que pudiera oponerse.

---

## Capítulo 13: Sombras del Pasado

Zevid estaba solo en la fortaleza, en medio de las ruinas de un mundo que ahora pertenecía exclusivamente a él. Afuera, la luna proyectaba su luz pálida sobre las estructuras destruidas, y dentro, el zumbido constante de los sistemas biotecnológicos llenaba el aire con un ritmo monótono. Pero el silencio que lo rodeaba, esa calma que había luchado tanto por conseguir, le traía algo inesperado: recuerdos.

Cerró los ojos, y el presente se desvaneció. En su lugar, el pasado surgió como una sombra inevitable, una sombra que siempre había estado detrás de cada decisión, de cada paso. Aunque no lo admitiera, aunque rechazara cualquier vestigio de humanidad en sus acciones, los momentos clave que lo moldearon empezaron a aflorar.

---

Tenía diez años cuando vio por primera vez a un Eterno destruir a un Terrenal sin motivo alguno. Estaban en la Gran Plaza del Crepúsculo, en lo que entonces era el corazón del mundo civilizado, y su familia aún era parte de la clase gobernante, aunque ya comenzaban a caer en desgracia. Había ido con su padre a observar una de las muchas ceremonias de poder que los Eternos realizaban para reforzar su control. A lo lejos, la figura de un Terrenal famélico se arrastraba hacia el centro de la plaza, rogando por piedad, suplicando por un perdón que nunca llegaría.

Uno de los Centinelas del Amanecer, inmóvil como una estatua, lo observaba sin expresión. Y sin previo aviso, extendió su mano, liberando una ráfaga de energía que pulverizó al hombre en segundos. La plaza siguió en silencio, como si nada hubiera pasado, como si la vida de ese Terrenal no tuviera ningún valor.

---

Para todos los presentes, aquello era un recordatorio de la supremacía de los Eternos. Para Zevid, fue la primera chispa de un pensamiento diferente: los Eternos no eran dioses. Eran humanos, mortales, limitados por su arrogancia y su falsa ilusión de control absoluto. Esa escena no le causó horror ni rabia, solo una comprensión profunda: el poder no reside en la fuerza, sino en el control absoluto sobre el destino de otros. El hombre que murió no importaba. Lo que importaba era quién había decidido que muriera.

---

El siguiente recuerdo lo llevó a los 25 años. Su familia, los Rokchild, se había derrumbado por completo. Ya no eran parte de los Eternos, sino sombras de lo que alguna vez fueron, relegados a vivir entre los Terrenales. Su padre, antiguo miembro de la élite, seguía aferrándose a la esperanza de recuperar su posición. Su madre, más resignada, lo apoyaba silenciosamente, pero con el tiempo había perdido la voluntad de luchar.

Zevid, sin embargo, había llegado a una conclusión diferente. No había retorno para los Rokchild, ni redención, ni un camino de regreso a la gloria. Lo único que importaba era destruir el sistema que los había dejado atrás y reconstruirlo desde las sombras. No buscaba justicia ni venganza; esas eran emociones débiles, inútiles para alguien como él. Solo importaba el control. No sobre los Eternos, ni sobre los Terrenales, sino sobre el destino mismo.

Una tarde, después de días de silencio tenso, Zevid confrontó a su padre en el sótano de su modesto hogar. Fue una conversación que no tendría retorno.

—¿Sigues aferrado a ese sueño inútil? —le dijo, con la voz cargada de desprecio.

Su padre lo miró, cansado pero firme.

---

—Lo que tú llamas un sueño es nuestra herencia. Nuestra sangre es noble. Nos pertenece ese lugar entre los Eternos.

Zevid se rió con una frialdad que aún sorprendía a su propio padre.

—Nos pertenece. Nos perteneció. ¿No lo ves? El mundo ya no tiene lugar para nosotros. Pero hay algo que sí puedo tomar, y lo haré.

—¿Qué estás diciendo, Zevid? —preguntó su padre, visiblemente desconcertado.

—Voy a hacer algo que tú nunca tuviste el valor de hacer. No quiero restaurar a los Rokchild. Quiero destruir todo. Y para eso, necesito lo que escondes.

El silencio llenó el sótano. Su padre comprendió, por fin, lo que su hijo estaba pidiendo. El código genético, los secretos cuánticos que su familia aún conservaba. La clave para manipular a los Centinelas, la clave que Zevid necesitaba para su plan. Sabía que su padre nunca se lo daría voluntariamente.

---

Zevid observó el rostro de su padre, la tensión en sus ojos, el modo en que su madre, silenciosa hasta entonces, intentaba interceder con miradas suplicantes. Era un momento cargado de significado, uno en el que cualquier otro habría reconsiderado, habría sentido la carga de lo que estaba a punto de hacer. Pero para Zevid, no había lugar para la vacilación. En su mente, el curso de acción ya estaba decidido.

No hubo más palabras entre ellos. Lo que siguió fue una secuencia de eventos inevitables, fríamente calculados. Sabía que su padre jamás entregaría esos secretos por voluntad propia. Lo supo desde el primer instante. Y, en ese

---

momento, Zevid comenzó a gestionar lo que debía hacer a continuación. No era odio lo que lo movía, no era rabia ni venganza. Solo una fría necesidad de poder.

---

El siguiente salto en su mente lo llevó a los últimos años de preparación. Mientras los Eternos continuaban con sus juegos de poder, y los Terrenales seguían oprimidos por su control, Zevid había comenzado a construir su mito. El mito del Héroe. Esa fue su jugada más brillante. Había observado cómo los Terrenales necesitaban una figura en la que creer, alguien que los liderara. Alguien que representara la esperanza.

Zevid creó esa figura, no como un símbolo de liberación, sino como una distracción. Sabía que, mientras los Terrenales siguieran el rastro de ese héroe ficticio, él tendría tiempo para ejecutar su verdadero plan: la purga. Durante años, construyó cuidadosamente la rebelión, convenciendo a los Terrenales de que podían ganar. Los entrenó en las artes de la “magia,” les dio suficiente poder para desafiar a los Eternos, pero nunca suficiente para derrocarlos sin él.

Y cuando el caos estalló, Zevid ya tenía el control de los verdaderos sistemas de poder. Los Terrenales eran peones, igual que los Eternos. Ninguno de ellos había visto lo que realmente estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde.

---

Volvió al presente, abriendo los ojos, ahora llenos de la certeza absoluta de lo que había logrado. Las sombras del pasado no lo perseguían. No sentía culpa ni remordimiento. Todo lo que había hecho, lo había hecho por una razón simple: el control.



---

Zevid se levantó y caminó hacia la consola que aún parpadeaba con datos. Las ciudades seleccionadas sobrevivían bajo sus órdenes, los humanos útiles continuaban existiendo. Solo los que servían a un propósito seguían en pie. Los demás, tanto Eternos como Terrenales, ya no importaban.

Con un simple toque en el panel, activó la siguiente fase. La reconstrucción comenzaría de inmediato. Un mundo diseñado para servirle, una sociedad perfectamente orquestada para responder solo a su voluntad. No habría más dioses. No habría más héroes. Solo Zevid, y aquellos que vivieran para obedecerlo.

Las sombras del pasado se desvanecieron por completo. Ahora, solo había lugar para el futuro que él mismo había creado.

---

## Capítulo 14: Purgar al Mundo

Zevid observaba el mundo a través de los innumerables ojos que había sembrado en él. No eran ojos humanos, ni siquiera físicos. Eran la red de drones biotecnológicos que ahora patrullaban cada rincón de la Tierra, dispersando la nano-nube, esa herramienta invisible pero letal que había diseñado para ejecutar su purga. Desde lo alto de su fortaleza, podía ver cómo se extendía el proceso, metódico, implacable, eliminando a los indeseables.

Los sobrevivientes se contaban por miles, pero solo esos miles quedarían. Había calculado con precisión cuántos necesitaba para sostener el mundo que estaba construyendo. Los demás, los millones que aún quedaban, no servían a su propósito. Eran demasiado libres, demasiado impredecibles. No encajaban en la estructura perfecta que había creado. El mundo de Zevid no tenía espacio para los que pensaban por sí mismos.

La purga se estaba llevando a cabo en todas las capitales, en los pequeños pueblos y en las ciudades olvidadas por los Eternos. La nano-nube se infiltraba en cada hogar, en cada edificio, moviéndose como una brisa inofensiva, identificando a aquellos que no cumplían con los criterios de utilidad que Zevid había definido. No era solo genética, era su capacidad para obedecer sin cuestionar, para seguir órdenes sin rebelarse, lo que determinaba su destino.

Zevid había perfeccionado el proceso. Los drones eran eficientes y precisos. La tecnología de los Eternos, que había sido utilizada para controlar, ahora se convertía en el medio de su destrucción. Los que no cumplían con los criterios simplemente caían al suelo, su vida apagándose en segundos, sin dolor, sin drama, como si fueran apagados por un interruptor. No quedaba rastro de sufrimiento. Solo

---

muerte rápida, eficiente, fría.

Desde la gran sala de control de su fortaleza, Zevid podía observar el mapa mundial, con pequeños puntos rojos parpadeando cada vez que una nueva eliminación se completaba. Era un mapa de su propia creación, donde cada vida estaba controlada por su voluntad. Ningún otro ser humano tenía esa capacidad, ningún Eterno había sido tan absoluto en su poder. Y eso, para Zevid, era la única verdad que importaba.

Miró hacia una de las pantallas, que mostraba un grupo de Terrenales en un pequeño asentamiento cerca de lo que alguna vez fue una ciudad importante. Los drones estaban comenzando su trabajo, y Zevid vio a los habitantes detenerse en seco mientras la nube los envolvía. Algunos se tambalearon, otros intentaron correr, pero ninguno de ellos logró escapar. En cuestión de minutos, el pequeño asentamiento estaba vacío. Los cuerpos yacían inertes, alineados en el suelo como figuras apagadas.

Zevid no sintió nada. No había placer en lo que hacía, pero tampoco remordimiento. Los que habían caído simplemente no tenían cabida en su nuevo orden. No habían sido seleccionados por su habilidad para seguir órdenes, para ser útiles. No podían ser controlados, y por tanto, no tenían valor.

Había algo en esa simplicidad que siempre había resonado en Zevid. El mundo que los Eternos habían mantenido durante siglos estaba basado en una falsa superioridad, una que dependía de la fuerza bruta y el temor. Pero el verdadero poder, lo que él había comprendido desde muy joven, no se trataba de ser más fuerte, sino de ser más inteligente, de manipular a los demás para que siguieran tu voluntad sin siquiera saberlo.

Los Terrenales creyeron que seguían a un Héroe. Los

---

Eternos pensaron que sus Centinelas los protegerían. Pero todos habían sido herramientas en el tablero de Zevid. Y ahora, en esta fase final de su plan, solo quedaba la purga. Eliminar a aquellos que no se alineaban con su visión.

---

Había pasado semanas observando la ejecución de su plan, cada día más cerca de completar la eliminación global. Y, finalmente, llegó el último día. La purga estaba casi terminada. Los puntos rojos en el mapa se habían reducido a unos pocos. Zevid se acercó a la consola central y dio la orden final: liberar la última oleada de drones para eliminar los últimos focos de resistencia.

Las últimas ciudades, los últimos pueblos, todos fueron alcanzados por la nano-nube, y en cuestión de horas, solo quedaban los seleccionados. Aquellos que sobrevivieron no lo hicieron por ser especiales, ni por ser fuertes o inteligentes. Sobrevivieron porque se ajustaban a los estándares que Zevid había impuesto: sumisión, obediencia, utilidad.

Zevid caminó hacia una gran ventana que daba a la ciudad más cercana a la fortaleza. La ciudad estaba en silencio, su población seleccionada caminaba por las calles en completa quietud, sin señales de rebelión, sin muestras de desafío. Habían sido reducidos a lo que Zevid siempre había querido: herramientas. Humanos útiles, sin capacidad de pensar fuera de lo que él les ordenara.

La purga había limpiado el mundo de las imperfecciones que lo habían plagado. Los Eternos y su arrogancia. Los Terrenales y su debilidad. Ahora, solo quedaban los que vivían para servirlo.

En ese momento, Zevid supo que había logrado lo que se había propuesto desde el principio. No había resistencia. No había conflicto. Solo control absoluto.

---

Con un leve gesto de su mano, apagó las pantallas de la sala de control. Los drones, habiendo cumplido su tarea, se apagaron uno por uno, descendiendo suavemente a la tierra, como sombras que desaparecen al amanecer. No los necesitaba más. El mundo ahora estaba bajo su dominio total.

---

Zevid dio la vuelta y caminó hacia el centro de la sala, sus pasos resonando en el silencio. El mapa del mundo estaba vacío de actividad, un vasto territorio de obediencia, moldeado exactamente como él lo había planeado. No había más que hacer. Su visión se había cumplido por completo.

La purga estaba completa. El mundo pertenecía solo a Zevid Rokchild.

---

## Capítulo 15: El Juego de la Guerra

El presente de Zevid estaba sellado, pero su ascenso al poder absoluto no había sido un simple golpe de suerte o una serie de decisiones espontáneas. Había tomado décadas de planificación meticulosa, manipulaciones calculadas y, sobre todo, un dominio absoluto sobre las debilidades humanas. Su ascenso al control de la Torre Oscura y, finalmente, al mundo entero no fue una hazaña de fuerza física, sino una ejecución precisa del caos que él mismo había sembrado.

El sistema de guerras de los Eternos había sido creado como una herramienta de entretenimiento. Las familias más poderosas controlaban regiones enteras, y para evitar que el aburrimiento corroa sus largas vidas, organizaban guerras entre sí. Eran conflictos controlados, una especie de ajedrez humano en el que cada familia enviaba sus mejores guerreros, imbuidos con el poder de la “magia” biotecnológica, para conquistar y ocupar ciudades. Cada conquista alteraba el equilibrio de poder entre las familias, y el Emperador, siempre la figura dominante, se aseguraba de que ninguna familia alcanzara demasiado poder. Las guerras, aunque destructivas, nunca llegaban a un punto en el que amenazaran la estructura del poder de los Eternos.

Zevid, sin embargo, vio en ese sistema de guerras controladas una vulnerabilidad perfecta.

---

El flashback lo llevó a los primeros días de su plan, cuando los Eternos ni siquiera sabían su nombre y los Terrenales aún vivían bajo la opresión sin siquiera concebir la idea de una verdadera rebelión. En esos días, Zevid había comenzado a sembrar las semillas del caos. No lo hizo como otros, que buscaban derrocar a los Eternos por venganza o

---

por un sentido distorsionado de justicia. No. Zevid sabía que un levantamiento frontal contra los Eternos estaba condenado al fracaso. Eran demasiado poderosos, y sus Centinelas, los guerreros perfectos, nunca permitirían una rebelión a gran escala.

En lugar de eso, Zevid se centró en la guerra.

Primero, había identificado las facciones más radicales dentro de los Terrenales. Guerrillas que se oponían tanto a los Eternos como entre ellas, pequeños grupos de resistencia que luchaban entre sí por territorios insignificantes, sin una verdadera estrategia. Durante años, Zevid se infiltró en estos grupos, sin presentarse como líder, sino como un consejero, un aliado en las sombras. Se ganaba su confianza con promesas de poder y libertad, alimentando sus odios y rencores, pero sin revelar nunca su verdadera agenda.

Gradualmente, comenzó a coordinar ataques. Les proporcionó armas y tecnología que robaba de los mismos Eternos, pequeñas cantidades de “magia” biotecnológica que los Terrenales nunca habían soñado utilizar. Los hizo creer que estaban ganando una ventaja en su lucha contra los opresores. Sin embargo, cada célula terrorista estaba siendo manipulada para un fin mucho mayor.

El objetivo no era la victoria de los Terrenales. Era el caos.

---

El sistema de guerras de los Eternos estaba diseñado para mantener el orden, pero Zevid comprendió que, si lograba provocar suficientes conflictos externos, si lograba escalar las luchas de las guerrillas a una escala regional, podría romper ese frágil equilibrio. Los Eternos estaban acosados a guerras controladas, pero no a una rebelión sin reglas, sin límites, sin un solo frente que pudieran atacar.

---

Manipuló a los líderes de las guerrillas para que atacaran no solo a los Eternos, sino a otras facciones de Terrenales, manteniéndolos divididos, sin posibilidad de formar una alianza verdadera.

Cada ataque que Zevid orquestaba, cada golpe que daba una célula terrorista, era diseñado para hacer que los Eternos creyeran que la guerra estaba escalando fuera de su control. Con el tiempo, logró su objetivo: los Eternos empezaron a movilizar sus ejércitos lejos de la capital, lejos de la Torre Oscura, para combatir la amenaza de los “rebeldes” en las fronteras. El Emperador y sus asesores no podían permitir que la insurgencia creciera demasiado. Estaban demasiado cegados por su arrogancia para darse cuenta de que estaban siendo manipulados.

Zevid sabía que los Centinelas del Amanecer, los protectores de la Torre Oscura, no abandonarían sus puestos mientras la capital estuviera segura. Por eso, su siguiente paso fue hacer que la amenaza pareciera más grande de lo que era. Utilizó su red de espías y contactos para esparcir rumores de un levantamiento masivo. Las guerrillas, ahora armadas y entrenadas por él, comenzaron a atacar ciudades periféricas, haciendo parecer que un ejército rebelde se acercaba a la capital.

La clave de todo esto fue que los Eternos creyeran que estaban perdiendo el control, cuando en realidad solo estaban jugando en las manos de Zevid.

---

El momento decisivo llegó cuando los rumores llegaron hasta el Emperador. El consejo de guerra, compuesto por las familias más poderosas, entró en pánico. Las noticias de células terroristas coordinadas atacando desde múltiples frentes hicieron que los líderes de las grandes familias exigieran



---

más protección para sus territorios, debilitando aún más la defensa de la capital. Zevid había creado la tormenta perfecta: la guerra que los Eternos pensaban que controlaban había estallado en sus propios rostros.

El último movimiento fue activar la falsa “Revolución del Héroe,” ese mito que él mismo había tejido. Al plantar la idea de un Héroe que lideraba la rebelión, Zevid logró unificar a las guerrillas bajo una bandera común, al menos temporalmente. Los Eternos no sabían que el Héroe no existía, pero actuaron como si fuera una amenaza real. Los ejércitos de los Eternos se dispersaron, movilizados en todas direcciones para enfrentar a esta supuesta figura de liberación.

Fue en ese momento cuando los Centinelas, aquellos seres casi inmortales que protegían la Torre Oscura, recibieron la orden de abandonar sus puestos para enfrentar la crisis. La amenaza parecía demasiado grande como para ignorarla.

Y así, mientras los ejércitos se alejaban de la capital, y los Centinelas se movían hacia las fronteras para proteger el imperio, Zevid caminó hacia la Torre Oscura, sin resistencia, sin oposición. Había ganado sin haber luchado, sin haber levantado una sola arma.

---

El flashback terminó, y Zevid abrió los ojos. Estaba de vuelta en el presente, en su fortaleza, donde su dominio sobre el mundo ya era absoluto. Aquel sistema de guerras, que los Eternos habían creído indestructible, había sido destruido desde dentro por su manipulación meticulosa. Los Terrenales, las guerrillas, los Eternos, todos habían sido piezas en su tablero, y ahora, no quedaba nada más que su reinado.

Los Centinelas, los guerreros invencibles, habían sido

---

forzados a abandonar la Torre Oscura para proteger un imperio que ya estaba condenado. La falsa revolución había funcionado a la perfección. Y ahora, el mundo estaba exactamente como él lo había planeado: vacío de rebelión, vacío de esperanza, bajo su control total.

---

## Capítulo 16: El Hilo Invisible

Mucho antes de que Zevid fuera una amenaza visible, antes de que su nombre resonara en los círculos de poder, ya se movía entre las sombras, manejando a personas que nunca supieron que estaban siendo utilizadas. Lo que separaba a Zevid de cualquier otra mente ambiciosa no era su poder físico ni su carisma arrollador. Lo que lo hacía único era su capacidad para ver más allá de las palabras, más allá de las acciones visibles, y penetrar directamente en las motivaciones ocultas de aquellos que lo rodeaban.

Era un don que perfeccionó con el tiempo, pero cuyo origen ya se manifestaba en su juventud. La clave de su poder radicaba en su profunda comprensión de las personas, en cómo predecir sus movimientos, anticipar sus decisiones y manipularlas con precisión quirúrgica.

---

Había una vez en la que su influencia fue apenas perceptible. Cuando los Eternos dominaban abiertamente, y los Terrenales vivían como siervos bajo su yugo, Zevid se encontraba en una situación aparentemente desesperada, degradado y sin recursos. Nadie lo veía como una amenaza, y eso, para él, era su mayor fortaleza.

En aquel entonces, aún bajo la tutela de su familia caída en desgracia, Zevid era ignorado por los demás, un joven sin brillo ni promesas. Se mezclaba con los otros Terrenales sin llamar la atención. Y sin embargo, fue en esa invisibilidad donde Zevid encontró su verdadero poder. Observaba, con paciencia infinita, a cada uno de los miembros de la élite que lo rodeaban, absorbiendo cada gesto, cada palabra dicha y no dicha, hasta que sus patrones se revelaban ante él.

---

Uno de esos momentos ocurrió cuando un noble Eterno llamado **Malkoth**, uno de los subordinados más influyentes en la jerarquía, comenzó a mostrarse vulnerable. Malkoth no sabía que sus temores internos, sus ansias de ascender dentro de la estructura de poder, lo hacían más predecible de lo que imaginaba. Para todos, seguía siendo un líder fuerte y calculador, pero para Zevid, ya estaba atrapado.

---

Durante semanas, Zevid se infiltró sutilmente en su entorno, no acercándose directamente, sino manipulando a los que rodeaban a Malkoth, plantando pequeñas ideas, pequeños rumores que parecían inocuos. Sabía que no podía confrontar a Malkoth de frente, no en ese momento. Pero sí podía controlar a los peones en el tablero.

Una noche, durante una reunión clandestina entre Terrenales, Zevid observó a uno de los subalternos de Malkoth, **Thalvin**, un hombre astuto pero inseguro, siempre buscando la aprobación de su superior. Zevid, conocedor de las ambiciones de Thalvin, empezó a presionar justo en las grietas de su confianza.

—He escuchado rumores —dijo Zevid en voz baja, lo suficiente para ser oído—. Dicen que Malkoth no confía en ti como lo hacía antes.

Thalvin lo miró, desconfiado al principio, pero incapaz de ignorar la idea que Zevid había plantado en su mente. Esa semilla de duda comenzó a germinar rápidamente. Durante días, Thalvin empezó a ver señales donde no las había, pequeños gestos de Malkoth que antes pasaban desapercibidos, ahora se interpretaban como pruebas de una traición inminente.

---

---

En menos de una semana, el equilibrio de poder había comenzado a tambalearse. Thalvin, presa de la paranoia, inició una serie de movimientos políticos para asegurar su posición, convencido de que Malkoth lo traicionaría en cualquier momento. Pero lo que no sabía era que todos esos movimientos estaban siendo cuidadosamente orquestados por Zevid, quien tiraba de los hilos desde las sombras.

Al final, Malkoth, desconcertado por los súbitos cambios de comportamiento de su subordinado, comenzó a cometer errores. Zevid no necesitó mover un dedo más. Las acciones de Thalvin, combinadas con la desconfianza que había sembrado, hicieron que Malkoth tomara decisiones impulsivas, perdiendo la confianza de otros Eternos en su círculo.

---

Pero la verdadera jugada maestra de Zevid no fue hacer caer a Malkoth, sino prever cómo reaccionarían los demás ante su caída. Mientras los Eternos luchaban entre sí, el caos permitió que Zevid avanzara en sus propios planes. Sabía que los Terrenales observarían a Malkoth como un líder traicionado, y su caída sería un ejemplo para aquellos que querían rebelarse contra el sistema. Pero también sabía que esos mismos Terrenales necesitarían un héroe, alguien en quien depositar sus esperanzas.

Zevid, paciente y meticuloso, no se apresuró a ocupar ese lugar. Sabía que el verdadero control no era visible. A través de Thalvin, otros Eternos cayeron en su trampa, y mientras los peones se eliminaban entre sí, Zevid ya había dado forma a la narrativa que lo colocaría como el cerebro detrás del mito del Héroe.

---

Cuando finalmente Malkoth cayó y Thalvin asumió temporalmente el control, Zevid ya había preparado su siguiente movimiento. Ninguno de ellos sabía que habían sido piezas en su juego. A ojos de todos, Zevid era un joven sin importancia, un hijo caído de una familia olvidada. Pero lo que nunca vieron fue cómo, en la superficie de la mente de cada persona con la que interactuaba, Zevid tejía los hilos invisibles de control.

No necesitaba imponer su voluntad con fuerza. Solo necesitaba plantar la idea correcta en el momento adecuado, hacer que los otros actuaran en función de sus propios deseos, y esos deseos, previamente manipulados, siempre llevaban a un resultado que favorecía a Zevid.

---

Esa noche, tras la caída de Malkoth, Zevid observaba las consecuencias de su obra desde lejos, sin intervenir. Sabía que aún no era el momento de revelarse. La paciencia era su mayor arma, y la mente humana, su herramienta más poderosa.

El poder de Zevid no residía en su fuerza física, ni en su capacidad de liderazgo. Su verdadero poder estaba en su comprensión íntima de las motivaciones humanas, en su habilidad para predecir cada movimiento antes de que siquiera ocurriera. Y cuando llegara el momento, cuando todos los jugadores estuvieran en sus lugares, Zevid sería el único en pie, habiendo movido cada pieza con precisión mortal.

---

## Capítulo Final: El Silencio de los Dioses

El mundo estaba en silencio.

Zevid Rokchild se encontraba en lo alto de la Torre Oscura, la fortaleza que había sido símbolo de poder durante mil años. Ahora, era el trono de su dominio absoluto. Las guerras que habían assolado el planeta, las batallas orquestadas entre los Eternos y los Terrenales, habían cesado. No quedaba nada de la rebeldía, ni del caos que él mismo había instigado. La purga, fría y calculada, había eliminado cualquier chispa de desafío. Todo lo que quedaba era su voluntad, única e incontestable.

El viento soplaba suavemente a través de las ruinas de lo que alguna vez fueron las grandes capitales de los Eternos, llevándose consigo el eco de los gritos, el rugido de los ejércitos, y las súplicas de los vencidos. Los Centinelas habían caído, los guerreros invencibles ya no patrullaban las fronteras de este mundo. Los dioses, aquellos que alguna vez caminaron entre los hombres, habían sido silenciados para siempre.

Zevid miraba el horizonte, sabiendo que el mundo entero ahora le pertenecía. Las ciudades, las tierras, y cada ser vivo estaban bajo su control total. Todo lo que había hecho, desde el primer asesinato hasta la purga final, lo había llevado a este momento. A esta calma. No había héroes que vinieran a desafiarlo, ni dioses que bajaran de los cielos a castigarlo. No había redención, ni para él ni para nadie más. El silencio era absoluto, y ese silencio era su victoria final.

Pero a diferencia de otros que hubieran sentido euforia o satisfacción en este momento, Zevid no sentía nada. Ni placer, ni triunfo. Solo calma. Una calma fría, la misma que lo había guiado desde el principio. Porque Zevid nunca

---

había luchado por gloria, ni por venganza. Nunca había querido liberar a los Terrenales, ni destruir a los Eternos por odio. Todo lo que había hecho fue por una simple razón: control. Controlar la vida, controlar el destino, controlar el mundo.

Había entendido desde muy joven que la moralidad era una ilusión, que el poder no estaba en la fuerza bruta o en la lealtad, sino en la capacidad de manipular, de hacer que los demás siguieran su voluntad sin siquiera saberlo. Y ahora, el último acto de esa manipulación había llegado a su fin. No quedaba nadie que pudiera desafiarlo, nadie que se opusiera a su reinado. Todo lo que alguna vez existió, desde los dioses hasta los mortales, estaba bajo su mando.

Caminó lentamente hacia el centro de la sala de control, donde las pantallas proyectaban los datos del mundo entero. Los drones, los sistemas biotecnológicos, las ciudades controladas. Todo estaba funcionando a la perfección. La purga había eliminado a aquellos que no cumplían con sus criterios, y solo los sumisos, los obedientes, quedaban para reconstruir la civilización bajo su mandato. El nuevo orden que Zevid había diseñado comenzaba a tomar forma, no a través de la libertad o la justicia, sino a través de la sumisión y el control absoluto.

Zevid miró la pantalla una última vez. No había más que hacer. El mundo estaba exactamente como él lo quería.

Por un momento, sus pensamientos regresaron a los días en que aún era joven, a las primeras veces que había contemplado lo que haría. No había tenido dudas entonces, ni las tenía ahora. Sabía que aquellos que lo consideraban malvado nunca comprenderían lo que realmente había hecho. Nunca entenderían que su maldad no era producto del odio, ni de la venganza, sino de una convicción fría y lógica: el mundo no necesitaba héroes. No necesitaba salvadores.



---

Solo necesitaba control.

Se acercó a la gran ventana que dominaba la vista de la ciudad debajo de la Torre Oscura. Las luces de la ciudad brillaban tenuemente en la distancia, los pocos habitantes que quedaban siguiendo sus rutinas, completamente ajenos al hecho de que sus vidas estaban diseñadas para no salirse de las líneas que él había trazado. No había levantamientos, ni disidencias. Todos aquellos que no encajaban habían sido eliminados.

Zevid sonrió, aunque no fue una sonrisa de satisfacción. Fue la sonrisa de alguien que sabía que había alcanzado lo que se había propuesto desde el principio, sin desviarse nunca de su camino. Todo lo que había destruido, lo había destruido para obtener el control total. Todo lo que había creado, lo había hecho para que nunca más existiera caos ni rebelión.

El viento sopló una vez más, trayendo consigo el eco de un mundo vacío de dioses y héroes.

Zevid dio la vuelta, alejándose de la ventana. Su mirada, tan fría y calculadora como siempre, ahora se dirigía al futuro. Sabía que no había más guerras por librar, ni más enemigos que derrotar. Había alcanzado el punto más alto de su poder. Y en ese poder, en ese control total, encontró la única verdad que siempre había conocido:

No existía redención. No existía justicia. Solo poder. Y ahora, todo el poder del mundo le pertenecía.

En el silencio de los dioses, Zevid era el único que quedaba.

---

**Fin**

---

## Epílogo: El Inicio del Fin

El mundo no siempre había estado bajo el control absoluto de un solo hombre. Antes de que Zevid Rokchild manipulara a los Terrenales y desmoronara el imperio de los Eternos desde las sombras, hubo un tiempo en que el destino de la humanidad fue moldeado por las decisiones de otros. Familias poderosas, cuyo legado se extendía a través de generaciones, trazaron el camino hacia la destrucción y el control, mucho antes de que Zevid tomara el trono oscuro del mundo.

Todo comenzó con un sueño de perfección.

En el inicio del siglo XXII, las élites más poderosas del planeta comenzaron a utilizar robots y avanzadas inteligencias artificiales como herramientas para liberar a la humanidad del trabajo manual y las responsabilidades más arduas. **Las Diez Grandes Familias**—los Morguhn, los Varlet, los Hyndel, los Rokchild, los Balfort, los Severin, los Lormak, los Emsort, los Valdure y los Korrak— gobernaban sobre vastos imperios corporativos. Su objetivo final era crear una sociedad donde ellos, la élite, pudieran vivir eternamente en un estado de pura opulencia, libres de las necesidades humanas, sin la carga de una población masiva que requiriera atención, recursos o consideración.

Los primeros intentos fueron exitosos, o eso creían. Las fábricas, los servicios y las infraestructuras globales pasaron a manos de robots y sistemas de IA avanzados. El trabajo humano se volvió obsoleto. La clase obrera, sin embargo, no se desvaneció como muchos en la élite esperaban. En lugar de convertirse en una carga inútil, los humanos comenzaron a adaptarse, a trabajar junto a las IA y los robots. Se convirtieron en gestores, técnicos y creadores, y así surgió un nuevo equilibrio. El sistema, lejos de desplomarse, evolu-

---

cionó. La clase obrera, en lugar de quedar relegada, prosperó al integrarse perfectamente con las nuevas tecnologías.

Este nuevo equilibrio frustró los planes de las familias. Los humanos seguían siendo necesarios. No podían simplemente deshacerse de la población y disfrutar de un paraíso sin preocupaciones. La élite seguía siendo dependiente de aquellos que sabían cómo gestionar la tecnología que ellos mismos habían diseñado para eliminar esa necesidad.

**El fracaso del control por IA** impulsó a las familias a un siguiente paso, mucho más oscuro. Fue entonces cuando la élite recurrió a la corrupción y la extorsión de los mejores científicos del mundo. Las Diez Grandes Familias planearon en secreto una nueva revolución tecnológica, una que no sólo mejoraría el mundo, sino que los elevaría por completo sobre el resto de la humanidad.

A través de sobornos, manipulaciones y, en algunos casos, coerción directa, se aseguraron de que los avances en nanotecnología y biotecnología estuvieran al servicio exclusivo de su clase. No se trataba simplemente de mejorar la calidad de vida o aumentar la longevidad; la élite quería la perfección. Querían ser invulnerables, eternos, y superiores a cualquier otro ser humano. El plan era simple: mientras las IA y los robots trabajaban en equilibrio con los Terrenales, la élite utilizaría estos avances para convertirse en algo más que humanos.

Pero no podían permitir que la población siguiera creciendo. Los recursos, aunque inmensos, eran finitos. **La Primera Purga** fue diseñada como una solución final para eliminar a los “no útiles,” aquellos cuya existencia no aportaba valor directo al mantenimiento del imperio que las familias controlaban.

La purga comenzó con el desarrollo de un sofisticado

---

virus nanotecnológico, un arma que sería capaz de eliminar selectivamente a aquellos que no cumplían con los requisitos genéticos y neurológicos que las familias consideraban esenciales. Fue un proceso silencioso, y durante su ejecución, las poblaciones más vulnerables desaparecieron en el transcurso de meses. Para muchos, fue como si el mundo se apagase poco a poco.

Solo quedaron el 5% de los humanos, aquellos que las familias habían considerado necesarios para la operación mínima del planeta. Los seleccionados no eran los más fuertes o los más inteligentes, sino los más sumisos, aquellos que nunca desafiarían la supremacía de las familias y que estarían dispuestos a trabajar para mantener su imperio en marcha. Al final, el sueño de la élite se había hecho realidad. El planeta estaba limpio de los “indeseables.” Ahora eran perfectos en cuerpo y mente, biotecnológicamente superiores, capaces de vivir indefinidamente, y sin la carga de una clase obrera que representara una amenaza.

Pero como todas las grandes civilizaciones que alguna vez existieron, su éxito no fue absoluto. La purga trajo la paz para las familias por un tiempo, pero con el paso de los siglos, esa paz se volvió aburrida. Sin una población masiva a la que controlar y sin grandes conflictos para entretenerse, las familias se volvieron hacia sí mismas, generando rivalidades y guerras de poder. Habían perfeccionado sus cuerpos, pero no habían podido perfeccionar sus almas. La necesidad de conflicto estaba incrustada en su naturaleza, y las luchas internas se convirtieron en el nuevo entretenimiento.

Así fue como nació el sistema de guerras entre las familias, un juego brutal donde las capitales se conquistaban y la jerarquía se redefinía cada década. Los Eternos, como llegaron a llamarse, vivían en una fantasía medieval autoim-

---

puesta, recreando un mundo de “magia” y combate, donde sus propios guerreros lideraban ejércitos de Terrenales hacia conflictos que no significaban nada más que un juego de poder entre los inmortales.

---

A lo largo de los mil años que siguieron a la purga, el planeta se adaptó a este nuevo orden. La humanidad restante vivía en una fantasía, olvidando por completo las tecnologías que una vez dominaron sus vidas. Los pocos que sobrevivieron la purga original ahora creían en dioses y guerreros mágicos, sin entender que todo era el resultado de la biotecnología y la nanotecnología de las familias que los controlaban.

Las Diez Grandes Familias habían logrado su objetivo. Eran eternos, poderosos, y completamente separados del resto de la humanidad. Habían construido un mundo en el que podían jugar con la vida de los Terrenales sin consecuencias, un tablero de ajedrez humano donde las guerras y las conquistas eran su único entretenimiento.

Pero mientras las familias se deleitaban en su mundo perfecto, el resentimiento, aunque pequeño, seguía ardiendo en los rincones más oscuros de la sociedad. **Zevid Rokchild**, nacido de una familia caída en desgracia, veía esa debilidad, esa arrogancia, como la oportunidad perfecta para desmoronar todo lo que habían construido. Su objetivo no era restaurar su familia ni salvar a los Terrenales. Él no veía diferencia entre los Eternos y los esclavos que gobernaban. Ambos eran herramientas, y ambos estaban destinados a ser purgados una vez más.

Lo que las familias no comprendieron fue que el ciclo que habían comenzado con la primera purga solo estaba preparando el terreno para la siguiente. Y en esa próxima

---

purga, no serían ellos quienes decidieran quién viviría y quién moriría. Ese poder ya no les pertenecía. Ahora era de Zevid.

---

## Nota Final: Las Clases del Nuevo Orden

El mundo de Zevid Rokchild está dividido en una jerarquía estricta de poder y sumisión, un sistema creado por siglos de manipulación biotecnológica y nanotecnológica. La estructura social de esta distopía se compone de varias clases bien definidas, cada una con su propósito y destino, todas bajo el control de Zevid. A continuación, se detalla la estructura de las clases, incluyendo la particular situación de los Arcontes, que enmarca la historia de la familia de Zevid.

1. Los Eternos Los Eternos son los descendientes de las Diez Grandes Familias que, tras la primera purga, lograron alcanzar un estado de perfección biotecnológica. Gracias a los avances en nanotecnología, han prolongado sus vidas casi indefinidamente, y poseen habilidades sobrehumanas que los Terrenales ven como “magia.”

Estas habilidades incluyen velocidad, fuerza, regeneración, e incluso el control de energía y materia, lo que les permite dominar el mundo sin oposición. Su estatus los coloca por encima de cualquier otro ser en el planeta. No obstante, la arrogancia y el tedio de la inmortalidad los ha llevado a competir entre ellos en una guerra constante por el control de las capitales, en la que la jerarquía se redefine continuamente.

Cada una de las familias Eternas controla un Centinela, un guerrero perfecto creado mediante ingeniería biotecnológica, encargado de proteger los intereses de su familia. Sin embargo, si una familia cae en desgracia, su Centinela es transferido a otra familia.

Posición: Gobernantes absolutos, divididos entre las familias más poderosas, cada una controlando territorios y recursos con total autoridad.

- 
2. Los Arcontes Los Arcontes son el eslabón más bajo dentro de los Eternos, relegados a la gestión y supervisión directa de los Terrenales. Estas familias alguna vez pudieron haber sido parte de las diez grandes casas gobernantes, pero debido a errores, incompetencia o traiciones internas, cayeron en desgracia y fueron degradadas. Los Arcontes se encargan de las tareas mundanas de administrar ciudades y recursos, estando por debajo de los Eternos mayores, y constantemente sometidos a la voluntad de los altos señores.

La familia de Zevid Rokchild fue una de las más poderosas en el pasado, pero cayó hasta el nivel de los Arcontes debido a la incompetencia de sus antepasados. Al caer en desgracia, su lugar en la jerarquía fue tomado por otra familia, que heredó sus recursos, incluyendo su Centinela. La familia Rokchild quedó relegada a las sombras de lo que alguna vez fue, condenada a servir como Arcontes, lejos del poder real que alguna vez detentaron.

Zevid fue criado con el odio hacia su propia clase y el deseo de no solo restaurar su estatus, sino destruir todo el sistema que había condenado a su familia. Su ascenso al poder comienza precisamente desde esta posición baja dentro de los Eternos.

Posición: Los más bajos entre los Eternos, encargados de gestionar los asuntos de los Terrenales y mantener el orden en nombre de las familias gobernantes.

3. Los Vástagos Los Vástagos son la élite de los Terrenales, descendientes directos de aquellos que sobrevivieron la primera purga. Aunque no han sido mejorados genéticamente como los Eternos, disfrutaban de ciertos privilegios debido a su linaje. A menudo se les otorgan roles de liderazgo entre los Terrenales, admin-



---

istrando las regiones y ejércitos bajo el control de los Eternos.

Se consideran superiores a los Terrenales comunes y, aunque todavía están subordinados a los Arcontes y Eternos, su posición les permite disfrutar de un nivel de vida más alto. Su lealtad a los Eternos les asegura una supervivencia privilegiada, pero siempre bajo vigilancia para evitar cualquier intento de rebelión.

Posición: Líderes de los Terrenales, con acceso limitado a ciertos privilegios, pero siempre subordinados a los Arcontes y Eternos.

4. Los Terrenales Los Terrenales son los descendientes de aquellos que sobrevivieron a la purga inicial. Son la clase más baja de la sociedad, encargada de trabajar en las fábricas, en la agricultura, y en los ejércitos de los Eternos. Carecen de acceso a la biotecnología avanzada que los Eternos poseen, y han sido relegados a vivir en la ignorancia de su verdadero pasado.

Para los Terrenales, la tecnología que gobierna sus vidas es vista como “magia,” y los Eternos como dioses inalcanzables. Cumplen con su rol en esta sociedad jerarquizada sin posibilidad de ascenso. Sin embargo, son esenciales para mantener el sistema en funcionamiento, y su sumisión es lo que les asegura, al menos, la existencia.

Posición: Mano de obra y soldados en los ejércitos de los Eternos, completamente sumisos y ajenos a la verdad de su historia.

5. Los Inherentes Los Inherentes son una creación directa de Zevid Rokchild en su nuevo orden. Han sido seleccionados no por su inteligencia o fuerza, sino por su

---

capacidad de obediencia y sumisión. Estos individuos fueron modificados a través de la nanotecnología para no tener deseos de rebelión ni aspiraciones más allá de las que Zevid les permite.

Viven en una sociedad estrictamente controlada, completamente ajenos a su manipulación, y sin ninguna comprensión del mundo antes de Zevid. Representan la culminación de su plan: un grupo de humanos que no pueden desafiarlo, diseñados específicamente para servir y mantener el orden que él ha impuesto.

Posición: Humanos diseñados para la sumisión total, sin conciencia de su verdadera naturaleza, obedeciendo ciegamente las órdenes de Zevid.

6. Los Elegidos Los Elegidos son la clase trabajadora final, seleccionada por Zevid durante la purga por cumplir con criterios específicos de obediencia y utilidad. Estos humanos no son completamente inconscientes como los Inherentes, pero han sido modificados para no tener pensamientos independientes que puedan llevar a la rebelión.

Zevid los utiliza para las tareas más mundanas de su nuevo orden, y aunque no tienen acceso al poder ni a privilegios especiales, son conscientes de su papel en la sociedad. Sin embargo, su propia modificación genética les impide desafiar o incluso desear algo más allá de lo que se les permite.

Posición: Clase trabajadora, seleccionada por Zevid para mantener el sistema operativo, pero sin posibilidad de cambio o ascenso.